Batallas de Laureon 1: De Entre las Cenizas

Carlos Manuel Blanco

Capítulo 1

Capítulo 1: Cielo Oscuro

Había descendido la noche sobre la ciudad de Laureon, y un manto negro se extendía sobre la ciudad, no había estrellas, ya que las nubes de las fábricas que nublaban el cielo de día también escondían a las estrellas de noche. No era de extrañar de que los candeleros tuvieran mucha demanda dentro de Laureon, ya que las noches eran mucho más oscuras que en cualquier otra parte, literalmente era imposible tratar de verse la mano frente al rostro, aunque la gente solía ir solamente con los candeleros que sabían que eran de fiar, nunca con los que ellos no conocían, habían muchos malandrines y asaltantes que se aprovechaban de la oscuridad de la noche para actuar.

Por esas calles un hombre caminaba escoltado por uno de estos candeleros, era un chico no mayor de doce años, era alto y delgado, y vestía con las mismas ropas que solían llevar los chicos del barrio obrero, la misma camisa agujereada por las polillas, la cual disimulaba debajo de un abrigo viejo y sucio, los mismos pantalones cuyos ruedos se lucían carcomidos por el uso y los bichos, y las mismas botas a las que se les tuvo que clavar la suela por segunda vez. Y con todo ese era el atuendo que tenía en mejor estado, ya que era el que usaba para trabajar.

Tenía una actitud expectante, pero no esperaba que algo pasase, sino que, por el contrario, esperaba que nada pasase, ya que por lo que había escuchado, en esa zona por la que andaba pasaban puras cosas malas, y solo quería dar media vuelta y regresar a su casa cuanto antes. Pero el hombre al que escoltaba no parecía afectarle en lo absoluto, solo se limitaba a seguirle y observarle, y cada vez que él se detenía, el hombre le exhortaba a continuar con una inclinación de cabeza.

Era un hombre pelirrojo que ya rondaba los veinticinco años, era fornido y bien formado, y a pesar de la gabardina negra que le cubría casi todo el cuerpo, aún se le podían notar los hombros anchos que se suelen ver en una persona musculosa, el hombre tenía la clase de semblante que por lo general tiene una persona de alto rango, como el que se solía ver en los soldados que el chico veía en los desfiles militares que pasaban frente a su casa, sobre todo en los superiores, como los capitanes o generales. Por lo que, o era un soldado o lo había sido, de igual manera no tenía ganas de preguntarle, ya que tampoco le parecía tan importante.

Caminaron por varias callejas oscuras guiados solo por la luz amarilla de la lámpara de aceite que el chico sostenía frente a él, los dos andaban con paso regular, pero ambos sentían prisa por llegar a su destino. El chico no había pasado antes por ahí, por lo que se detenía y le pedía ayuda a su acompañante, el cual parecía conocer mejor la zona que él, el se

preguntaba por qué si conocía esas calles por qué no iba solo, el hombre le respondía que era porque necesitaba que alguien alumbrase el camino, igual el chico creía que podría alquilar una lámpara e irse solo, pero no siguió inquiriendo sobre ello.

De repente el hombre le ordenó que se detuviera, lo hizo y volteó hacia donde éste se encontraba.

-Quiero que acerques la luz a esta pared - le pidió mientras le pasaba la mano a una pared lateral.

El chico se acercó con la lámpara y la enfocó hacia la pared, unas letras surgieron acuñadas en una placa de bronce que sobresalía sobre la pared, en ella se leía una palabra que para el chico sonaba extraña: ¨Phoenix¨.

-¡Es aquí! - exclamó el hombre satisfecho, luego de uno de los bolsillos del abrigo sacó un monedero - ¿Cuánto es la tarifa por la escolta? - preguntó mientras contaba las monedas dentro del saco.

-La tarifa, en estos casos, es de quince veras - respondió el chico mientras enfocaba la linterna.

-Entonces toma - le dijo el hombre mientras le alcanzaba unas monedas, el chico acercó la mano y el hombre le depositó en ella la paga.

El chico revisó las monedas y se sorprendió al ver que, en vez de las quince veras de cobre, había un total de veinte lucios de plata, lo cual era casi el doble de lo que había dicho.

-Con eso te podrás comprar ropa nueva y te alcanzará para comer algo decente - le dijo el hombre sonriéndole.

-Pero señor... - empezó a balbucear el chico - no...No pueden verme por ahí con tanto dinero.

El chico acercó la mano donde aún sostenía las monedas de plata.

-Entonces - empezó a decir el hombre mientras le cerraba la mano suavemente, formándole un puño - guárdatelos bien, y gástalos rápido antes de que alguien note que los tuviste.

El chico se llevó el puño frente a él y lo abrió para ver de nuevo las monedas de plata, seguían ahí, el rostro en perfil de Lucio Aleroy eran visibles debajo de la luz de la lámpara. El chico cerró la mano y se guardó las monedas en el bolsillo mientras se despedía del hombre con una inclinación de cabeza, luego le dio la espalda y empezó a alejarse por el

callejón, la luz de la lámpara iba alejándose progresivamente.

El hombre permaneció un rato más de pie frente a la placa de bronce, la volvió a palpar con los dedos y sintió las desregularizaciones de las letras marcadas en el metal, había sido difícil encontrar a un candelero que lo condujese hasta allí, ya que a esas horas muchos no trabajaban o les daba miedo andar por las calles. Él empezó a tantear debajo de la plancha de bronce y en ese momento sintió un surco en la piedra, empezó a seguirlo con el índice y lo recorrió casi completo.

De repente una luz le enfocó el rostro, lo que le hizo dar un respingo y le obligó a taparse el rostro con la mano con la que tanteaba la pared, cuando se evaneció la impresión pudo ver que era el chico de hace rato, el joven candelero que lo había conducido hasta allí.

-Disculpe, señor - dijo el chico mientras jadeaba, había corrido hasta allí, y había recorrido un buen trecho - solo quería saber si usted querría que viniese a buscarlo más tarde.

-¿Por qué lo preguntas? - preguntó el hombre desconcertado.

-Bueno, es que este lugar es peligroso - respondió el candelero de manera ingenua.

El hombre lo pensó por un momento, pero entonces recordó las cosas que se solían decir sobre aquella parte de Laureon.

-No te preocupes por mí, niño - le dijo mientras le sonreía - lo que tengo que hacer a lo mejor no termina hasta mañana, y estaré bien mientras tanto. Puedes irte tranquilo.

El chico dudó, pero al final le hizo caso, se dio la vuelta y empezó a irse por el pasillo. Al rato la luz de la lámpara se había evanecido por completo, el chico ya se había ido.

Capítulo 2

Capítulo 2: Las Entrañas del Fénix

Una vez que hubo cerciorado de que el chico se había ido para no volver, el hombre volvió a tantear la pared, primero ubicó la plancha de bronce grabada con el nombre de ¨Phoenix¨. Antaño, Phoenix había sido una taberna frecuentada tanto por dignatarios como por personajes notables de Laureon, también iba allí hombres ilustrados y artistas, ¨hombres de letras y de plumas¨ como se solía decir entonces a aquellos libreros y poetas que visitaban la taberna Phoenix, también llegaban los obreros y artesanos llegados desde los barrios vecinos de Jewelcraft y Hartsock, y por supuesto los borrachines usuales que nunca falta el algún establecimiento de bebidas alcohólicas que se mantiene abierto hasta la medianoche. Pero ahora estaba ¨cerrado de manera permanente¨, por decisión de la nueva Capitanía Regente de Laureon, porque, supuestamente, quebraba las leyes de sanidad y era un peligro para la salud del público. Pero el hombre sabía que eso solo había sido una escusa improvisada.

El hombre empezó a tantear debajo de la plancha y llegó al mismo surco en la pared, apenas se podía sentir el surco, la única forma de sentirlo era pasando la mano por la pared, ya que no era posible verla durante el día en la pared que, a plena vista, se veía totalmente lisa, y tampoco es que se pudiera sentir por accidente, ya que el surco era muy poco pronunciado, era casi superficial, y había falta estar muy atento para notar que estaba ahí.

Él siguió el surco, el cual descendía por la pared, pero luego empezó a desviarse y empezó a seguir por la derecha, el hombre lo siguió con el dedo hasta que de pronto el surco se terminó, el hombre se aseguró de que no seguía, luego de que comprobó que ese era el final del trayecto, presionó con el dedo el punto en el que el surco se había detenido, sintió como si la pared hubiese cedido a la presión de su dedo. En ese momento un pasaje se abrió frente a él, por poco se cayó por él, ya que estaba en ese momento apoyado en la pared.

Él no podía ver absolutamente nada, por lo que solo confiaba en sus otros sentidos, incluyendo el tacto, el oído y el olfato para guiarse en la asfixiante oscuridad que se cernía a su alrededor. Por un momento se maldijo por no traerse las gafas termo-nocturnas, ya que le harían más fácil el trabajo de orientarse. No dijo por lo bajo son muy difíciles de ocultar, y era cierto, esas cosas eran muy indiscretas, ya que eran casi imposibles de ocultar a la vista, y solo los miembros de la Unidad de Barrido podían usarlas a plena vista, y solo cuando estaban de servicio, llevarla por la calle como un abalorio era escusa suficiente para ser

fusilado frente a la Plaza Mayor ante todo el Estado Mayor Militar.

No, ya era momento de dejar de confiar en su equipo de soldado, era hora de usar su astucia, inteligencia e instinto para salir adelante y tenía que hacerlo a partir de ahora, primero se acercó al borde de la entrada abierta por el pasadizo, a ver si había por lo menos un escalón, descubrió que de hecho si había un escalón, por lo que concluyó que había una escalera tras la entrada, por lo que empezó a bajar con cuidado, se dio cuenta de que de hecho si había una escalera que descendía más allá de la entrada, empezó a descender con cuidado, bajando los escalones con sumo cuidado. Así continuó su descenso hasta la parte más baja a la que llegaban los escalones. Al llegar abajo divisó unas luces al fondo, eran las débiles luces de unas antorchas.

El hombre se acercó a las luces y vio que lo que hacían era iluminar un pasillo largo que se extendía más allá de su vista, lo empezó a recorrer con paso pausado, hasta que por fin se acostumbró a la débil luz y entonces pudo andar con mayor soltura. Por un momento muy breve se preguntó por qué usaban antorchas con alquitrán sabiendo que hubiese sido mejor usar lámparas de aceite, pero se apartó la duda de la cabeza, ya que él conocía muy bien la respuesta, primero que duraban mucho más tiempo y no era difícil conseguir un palo y el alquitrán para mojarlo, y segundo porque, a pesar de la iluminación que brindaban las antorchas, aún quedaban puntos oscuros, ya que las antorchas estaban separadas un metro entre sí, dejando espacios oscuros y casi invisibles a la vista.

Y él sabía por qué estaban separadas entre sí, y por qué estaban los puntos oscuros. Pasó las primeras dos antorchas que estaban a los lados del pasillo, luego lo hizo con las dos siguientes, luego las dos siguientes, cruzó las próximas dos antes de detenerse en el intermedio oscuro que las separaba de las siguientes dos. Él volteó hacia las dos direcciones, escogió una pared y se acercó a la que tenía a su derecha, se recostó sobre ella y empezó a tantear con las manos, comenzó por buscar en la parte de arriba, pero no había nada, volvió sobre sus pasos y empezó a tantear hacia la base.

En ese momento notó que, ante su tacto, un segmento de la pared pareció ceder, cuando se fijó mejor, se dio cuenta de que aquella era una puerta oculta en la pared, pensó que aquella era una manera muy buena de despistar a quién sea que entrase allí sin invitación alguna, él empujó la puerta hasta que ésta se abrió lo suficiente como para que pudiese entrar de cuclillas.

Adentro estaba oscuro, apenas logró divisar el piso a través de la débil visibilidad que ofrecía la luz de las antorchas, él cerró la puerta y se levantó, se acercó a una de las antorchas y la tomó de su soporte, luego volvió al sitio donde se encontraba la entrada oculta y, mientras sostenía la antorcha con una mano, con la otra volvía a abrir el pasadizo, una vez

que la puerta estuvo lo bastante abierta, se asomó al pasadizo iluminado ahora con una luz anaranjada.

El pasillo solo medía sesenta centímetros de alto con cuarenta de largo, más o menos, por lo que solo se podía recorrerlo gateando, afortunadamente para él, el pasillo era del mismo tamaño de la puerta por la que iba a entrar. ¿Es en serio? Se preguntó por lo bajo ¿Tengo yo que arrastrarme como una miserable rata? Pero tuvo que tragarse su orgullo y su indignación, sabía que tenía que cruzar ese pasillo, tenía algo importante que hacer, y no le era posible dejarlo ahora.

Así que volvió a poner la antorcha en su lugar, ya que no le iba a ser ya útil a partir de ahora, y se deslizó por el estrecho pasillo, aunque se sentía un poco apretado, él podía recorrerlo sin muchos problemas, y así lo hizo al menos por unos cuantos metros, antes de que empezase a sentir que el pecho le empezaba a arder, a causa del poco oxígeno y por el hecho de que la estrechez del pasillo le constreñía las costillas, así que trató de apurar el paso para poder recorrer el pasillo antes de que se quedara sin aire.

Afortunadamente logró llegar hasta el final, ya empezaba a jadear, pero todavía hubiese sido capaz de recorrer un par de kilómetros así, él era un hombre muy resistente. Al final lo único que se encontraba era una trampilla, él la empujó y ésta se abrió, él se deslizó hacia afuera y se puso de pie exhalando como si hubiese estado sumergido bajo el agua y hubiera salido a la superficie cuando se empezaba a quedar sin aire.

Él registró con la vista el lugar donde había terminado, era una sala espaciosa y bien iluminada con lámparas de aceite, no había nada en la sala salvo una puerta que se encontraba al fondo. El hombre se empezó a acercar a la puerta lentamente, sintiendo aún el dolor en las costillas por el recorrido apretado que había tenido. Cuando estuvo lo bastante cerca, escuchó de pronto una voz que le hablaba, al parecer, desde un altavoz.

-¡Deténgase! – Ordenó ésta, él se detuvo – diga la contraseña. ¡Ahora!

El hombre miró en derredor con total calma, finalmente reparó la vista en una cámara que le observaba desde el techo, ésta tenía pegada debajo del lente un altavoz en forma de trompeta, lo cual la hacía ver ridícula, casi chistosa a la vista. Al ver que el hombre tardaba en responder, la voz volvió a insistir a través de la cámara-altavoz.

-Diga la contraseña, o prepárese para ser ajusticiado de inmediato.

La voz hablaba en serio, el hombre tomó aire y miró fijamente hacia la cámara-altavoz.

-Aunque la sombras lo devoren y la oscuridad reine, la luz de la vida seguirá brillando – rezó en voz alta y con firmeza.

Pocos segundos después, la puerta del fondo se abrió, entrando cuatro hombres armados con rifles de repetición, estos se acercaron y rodearon al recién llegado, tenían sus dedos en el gatillo y lo observaban con una clara expresión de alerta y expectación en sus rostros. Él les observó de reojo y luego dirigió su vista hacia la puerta, ellos no le intimidaban. Su líder iba pronto a aparecer.

Capítulo 3

Capítulo 3: Pañuelos Rojos

Uno de sus ayudantes entró en su oficina, abriendo estrepitosamente la puerta antes de entrar. Él se encontraba reclinado sobre su silla, con los pies apoyados sobre el escritorio, al lado de ellos reposaba un viejo poemario sobre una pila de documentos, y al que no tuvo muchas ocasiones para leerlo y que solo lo había ojeado un poco antes de dejarlo sobre el escritorio, y junto a la pila tenía una de sus viejas reliquias.

Con un tambor con capacidad para seis balas de calibre .40 cada uno, hecho con el mejor acero ambarino y grabada desde el cañón hasta el tambor con motivos de vides, y una hermosa culata hecha de madera blanca tan resistente como atractiva. Reposaba sobre el escritorio su viejo revolver, el cual lo había acompañado prácticamente desde que tuvo edad para empuñarlo, y de eso hace más o menos unas dos décadas.

Él se encontraba contemplando su vieja arma pensando en sus años de juventud, y en todos los momentos alegres y desdichados que pasó en esa época, cuando de pronto entró el ayudante de manera ruidosa. Él dirigió inmediatamente la mirada hacia el hombre que estaba parado ante la entrada.

-Señor – dijo el ayudante al entrar – hay un hombre en la Despensa, ha dicho la contraseña.

El hombre, sin decir nada, levantó un pie sobre la mesa y luego el otro, dejando caer a los dos de manera estrepitosa mientras se incorporaba, se levantó de su silla, tomó el revólver de la mesa, se lo guardó en la funda que tenía en la espalda baja, tomó el poemario de la mesa y se acercó al ayudante llevándolo en la mano.

-Ten, Phillip – le dijo mientras le daba el libro al ayudante – ve y dáselo a alguien que le pueda gustar esta cosa, juro que si vuelvo a leer otra línea de esas voy a vomitar.

Y luego se fue dejando atrás a su ayudante. Éste, que era una persona más o menos letrada, entendió el desagrado de su superior al ver en la portada del libro el nombre de la Condesa LePigeon, la peor poetisa que se podría conocer en toda La Regencia, a opinión de cualquiera con un poco de criterio y seso artístico.

Él salió de la oficina y empezó a caminar por el pasillo de paredes desnudas, salvo por los clavos de los que antes colgaban los viejos cuadros y fotos de los buenos años del Phoenix, ya él les había hecho la delicadeza de enviarlos con la familia de los viejos propietarios, igual no

hacía nada con ellos. Caminó hasta que llegó a la puerta de seguridad, era del mismo tamaño de una puerta común, solo que era de metal, carecía de picaporte para abrirse, las bisagras eran remplazadas por un par de candados gigantes y burdos en aspecto, pero que mantenía la puerta cerrada ya que estaba atenazada a la pared que, si bien parecía estar hecha de solo madera, la habían reforzado por dentro con una capa de titanio apolino, el cual era capaz hasta de resistir el asedio de un ariete.

A lado izquierdo, al alcance de la mano, en el lugar donde se suponía debía de ir una manija o un picaporte, estaba una especie de caja metálica color bronce con el lado de fuera redondeado, con un botón en la parte superior, una pantalla en el centro, donde se describía la curva, y un pequeño hueco no más grueso que un dedal y apenas más largo que una tarjeta. Parecía uno de los expedidores de tickets que se solían ver en las estaciones de ferrocarril, solo que en éstos, el hueco era apenas más grueso que una hoja de papel. Él se acercó al dispositivo y presionó el botón, la pantalla brilló y, tras un rato, saltó en la pantalla un mensaje que decía ¨reconocimiento de huellas activo¨, después de un rato saltó otro mensaje, esta vez decía ¨por favor, ponga su dedo en el reconocedor¨.

Y tras eso salió del hoyo expedidor una especie de barra blanca puesta sobre una delgada plancha de metal, era una pasta que a la vista parecía de plástico y tenía una forma redondeada, parecía una barra de jabón a la vista. Él puso el pulgar sobre la barra y presionó sobre ella, la barra cedió ante la presión del pulgar, se sentía como una suerte de pasta endeble y pegajosa, era un poco desagradable al contacto, pero era una medida de seguridad necesaria, luego de un rato de presionar el dedo sobre la barra, sonó un pitido agudo y en la pantalla saltó el siguiente mensaje: ¨reconocimiento de huellas concluido con éxito, espere mientras hasta que la puerta se abra¨.

Apartó la mano de la barra, la cual fue absorbida a su antigua morada, dentro de la expendedora, los candados habían empezado a crujir y abrirse de manera retumbante, cualquiera que lo escuchase sin estar acostumbrado habría dicho que era como escuchar a un titán caminando: pum…pum…pum, sonaban las trancas de los candados al abrirse, él se agradeció el hecho de que el lugar era insonorizado, porque de seguro el sonido era capaz de hacer despertar a por lo menos a todo el distrito y a por lo menos otros cinco en el proceso.

Mientras los candados retumbaban frente a él, notó un segmento de la puerta, la puerta había sido hecha de una plancha de metal perteneciente a una de las cúpulas del Palacio Central de Laureon, la cual se había caído durante una tormenta, por lo que ya el metal estaba ya viejo para cuando lo enderezaron y lo convirtieron en una puerta de seguridad. Sin embargo, por alguna razón extraña, uno de los segmentos todavía conservaba una pequeña capa de cromo, estaba lo bastante limpia y la pared estaba lo

bastante erguida como para que él pudiera ver su cara reflejada en aquel segmento cromado.

Había pasado mucho tiempo desde que se vio en el espejo por última vez, y algo era seguro, había cambiado mucho desde entonces, antes tenía una barba incipiente y ahora estaba tan crecida que se había vuelto un pequeño manto negro que le cubría el mentón, los alrededores de la boca y las mejillas. Antes el cabello tan solo le llegaba hasta la nuca y le cubría parte de la frente, ahora tenía que peinárselo hacia los lados, ya que si no le tapaban la vista, extendiéndose hasta detrás de las mejillas y que caían en su espalda cual una negra cascada.

Pero lo que le impactó de su propio reflejo no fue el volumen de su pelo, sino el hecho de darse cuenta de que, desde la última vez que observó su rostro, había envejecido unos seis años, ya no era más un chico de veintiséis años buscando fortuna en los desiertos, ahora era un hombre de treinta y uno, notó el cambio en las facciones de su rostro, en el cambio que se notó en su expresión, en la mirada que reflejaban sus ojos color ámbar, aún cargada de entusiasmo, pero que le había cerrado las puertas a la inocencia juvenil para abrírselas a la madurez, por lo que su mirada aún guardaba el furor que ardía en su interior, pero impregnada con la sabiduría que solo brindaban los años de vida.

¡Diablos! Me estoy volviendo viejo, pensó mientras esbozaba una sonrisa, a pesar de todo lo que había pasado en su vida aún era capaz de reírse de sí mismo, aún conservaba esa parte de su juventud. La puerta retumbó por última vez, antes que el mecanismo de apertura se pusiera en marcha y abriera la puerta, el mecanismo sonaba como el espantoso chillido de una bestia infernal, y él no pudo evitar estremecerse por aquel horrible sonido, le daba ganas de taparse los oídos con las manos.

Tras la puerta se descubrió la sala de seguridad, que antecedía a la Despensa, allí le esperaban tres de sus hombres, sujetando en sus manos sus rifles de repetición cargados, uno estaba junto a la puerta que daba a la Despensa, los otros dos iban detrás, los hombres le saludaron con una inclinación de cabeza. Él entro en la sala y observó a los hombres que se encontraban dentro, el que iba delante llevaba una chaqueta marrón de piel sobre una camisa blanca con un chaleco negro debajo, y por encima del cuello de la camisa llevaba un pañuelo rojo con bordados negros, los que iban detrás vestían de manera similar, con excepción de que uno iba sin la chaqueta y el pañuelo era solo rojo, y el otro llevaba era un abrigo y el pañuelo era rojo con una franja blanca en medio.

El líder se acercó al que estaba junto a la puerta de la Despensa, se puso el puño en el pecho y luego lo abrió mientras describía un semicírculo con la mano en el aire (era el saludo habitual entre él y sus hombres), el

hombre armado le hizo el mismo saludo.

-¿Sigue ahí? – preguntó el jefe dirigiendo su mirada hacia los monitores de vigilancia, desde ahí se podían ver lo que veían las cámaras que estaban distribuidas por toda la Despensa.

-Véalo usted mismo, señor – le contestó el hombre del rifle de manera respetuosa – mire en la cámara 09.

Él le hizo caso y sus ojos buscaron entre las pantallas una que pusiera ¨Cámara 09¨ en la parte de arriba pegada en una hoja de papel con resina. No tardó mucho en encontrarla. En ella se mostraba a cuatro de sus hombres, sosteniendo sus armas y rodeando a un hombre que miraba impávido hacia la puerta. Por lo él podía ver, era un hombre alto de hombros anchos y de un porte de militar característico que él bien conocía.

-Bien – dijo cuando concluyó su reconocimiento, volteó la cabeza y miró al hombre que estaba a su derecha, justo frente a los controles de la puerta, que consistía en un panel lleno de botones y con una palanca ubicada a lado izquierdo – abre la puerta, el hombre quiere hablar conmigo… y yo quiero hablar con él.

Luego se colocó ante la puerta y se detuvo a esperar a que su hombre cumpliera su orden. Éste último presionó un botón del panel y luego tiró de la palanca que estaba junto a los botones, la puerta empezó a soltar un ruido que sonaba a una fuerte y monstruosa exhalación que venía desde el otro lado y que no era sino por la despresurización de vapor, la cual era necesaria para que la puerta se pudiera abrir.

Detrás de la puerta, el hombre pelirrojo seguía con la vista fija hacia el frente, hacia la puerta, mientras los hombres a su alrededor lo observaban llevando aún en sus manos los rifles de repetición, deben de ser rifles Warchester, tal vez unos modelo 78, éstos tipos están bien equipados pensaba él en ese momento cuando de pronto un sonido de despresurización le hizo volver la vista hacia la puerta.

Una nube de humo empezó a formarse frente a la puerta, el cual salía por arriba y por debajo de la misma, generando una suerte de bruma de vapor que empezaba a inundar la habitación. Los hombres a su alrededor, que llevaban pañuelos rojos en el cuello, se los levantaron hasta taparse la boca, él siguió el mismo ejemplo y se tapó la boca con la parte superior de la camisa. Cuando la puerta por fin dejó de escupir humo, la puerta se abrió y desde detrás de la nube de humo se divisó una silueta oscura, la cual empezó a avanzar en dirección hacia él. Los hombres con los rifles se voltearon y dirigieron su vista hacia la silueta.

Unos segundos después la silueta se acercó lo bastante y la nube de humo se había difuminado lo suficiente como para dejar ver quién era. Medía al menos un metro ochenta, medía unos centímetros menos que él, y parecía más delgado de lo que él era y no tenía los hombros tan anchos, pero sabía que el hombre era capaz de darle aún una muy buena pelea, incluso podría ganarla, ya que era tan fuerte como él lo era.

Iba vestido con una casaca negra con plumas bordadas en las mangas y en los bordes de la costura con hilo rojo, debajo tenía una camisa blanca con una especie de peto negro encima, el cual en realidad era un chaleco que se cerraba más o menos a la altura del cuello y sus manos estaban protegidas por un par de mitones de cuero negro.

Tenía una caballera negra que le bajaba por la espalda, tan negra como la noche que se cernía afuera en Laureon, y sus ojos, de un inusual color ámbar, lo escrutaban con expresión inquisitiva, su boca estaba cubierta por un pañuelo de color rojo con bordados dorados que representaban hojas de laurel.

El líder observó al otro hombre de pies a cabeza con sumo interés. El hombre que tenía enfrente era lo que su padre solía llamar un ¨toro matador¨. Era alto, muy alto, medía por lo menos unos diez metros más que él, y tenía un aspecto grueso y se notaba lo fornido que era debajo de sus ropas, que consistían en una gabardina marrón de piel sobre una camisa negra, tenía sus rojos cabellos bien peinados y se lo había cortado hace por lo menos un mes, por lo que el líder logró deducir, pero fueron sus ojos lo que le llamó la atención, tenía unos ojos color avellana que no lo convencieron.

Acercó la vista, le escrutó los ojos con mucha atención, el color avellana no parecía real, parecía más que el color hubiera salido de la paleta de un pintor y no que fuera un pigmento natural.

-De acuerdo, amigo. Ya puedes quitarte esos lentes de contacto – le dijo luego de que terminó de observarlo.

El otro hombre se quedó sorprendido por lo que había dicho el hombre al cual buena parte del rostro la ocultaba el pañuelo, sin embargo decidió hacerle caso. Se jaló el parpado inferior derecho con el dedo y retiró el lente que tenía en el globo ocular, luego hizo lo mismo con el otro ojo. Luego de que se sacó los lentes de contacto, los observó reunidos en su mano y luego los dejó caer al suelo, tintinearon en el suelo al caer y rebotar una y otra vez hasta dar un poco más atrás de donde el líder del grupo estaba parado.

Éste último volvió a revisarle los ojos, esta vez eran de un color gris pálido cual la niebla, y en los bordes se divisaba un halo azul que se difuminaba mientras se acercaba al centro. Alejó la vista y observó el rostro del otro

hombre, éste lo observaba con resolución y se notaba el vigor en su mirada, pero a plena vista se le notaba calmado y paciente.

-¿Querías hablar conmigo? – preguntó el líder tras un breve silencio, su mirada revelaba su expectativa.

-Sí, así es – respondió el otro hombre de forma resuelta – quiero unirme a vuestro grupo.

En ese momento el líder se bajó el pañuelo para que su interlocutor pudiera ver su rostro, éste último se sorprendió al ver el otro rostro descubierto. Él se esperaba que su rostro reflejara suspicacia, sospecha, incluso desconfianza, esperaba un semblante severo, una expresión de rencor o por lo menos una neutra. En lugar de eso se encontró a aquel sujeto sosteniendo una clara sonrisa, como si le acabaran de contar un chiste o algo así, simplemente estaba sosteniendo una sonrisa, clara y verdadera, que en su opinión parecía más propio de un adolescente, incluso del candelero que lo había dejado junto a la entrada del Phoenix, no le cabía el hecho de que lo hiciera uno de los hombres más peligrosos de Laureon, y que además era el líder de la organización más buscada de la Capitanía Regente.

-¡Pues bienvenido al cuartel de FireLight! – exclamó fuertemente mientras abría los brazos como si fuese a abrazar al hombre que tenía enfrente, aunque no lo hizo, solo se limitó a darle un saludo remiano (uno estrechando el antebrazo del otro, en lugar de la mano).

Tras eso el líder, aún con su alegre humor, se dio la vuelta y le hizo una seña al otro hombre para que lo acompañara a pasar. El pelirrojo lo siguió aún extrañado, aquel hombre lo estaba tratando como si fuera un viejo amigo suyo y lo invitara a pasar a su casa. Nadie que lo viera creería que ese hombre era capaz de acabar con un batallón del Ejército Marcial de Laureon.

Capítulo 4

Capítulo 4: Corazones Ardientes

Los caminaron por el largo pasillo, mientras el hombre de casaca negra mantenía entretenido con una divertida e interesante charla.

-Corrígeme si me equivoco – dijo el de casaca negra al pelirrojo de manera sorpresiva luego de que habían pasado la sala de seguridad - ¿eres soldado? Te pregunto porque tienes el porte de un militar ¿o me equivoco?

-No del todo – respondió el pelirrojo – la verdad es que estuve en el Ejército Marcial de Irenion, llegué incluso a ser Capitán Mayor, antes de que me retirara del servicio.

El de casaca negra silbó al escuchar lo que le dijo el pelirrojo.

-Wow ¿quién lo diría? Ya decía yo que parecías militar – comentó mientras miraba de soslayo a su interlocutor.

-¿Y usted? ¿Estuvo alguna vez en el ejército? – preguntó el otro con curiosidad.

-¿Quién…? ¿Yo? Psst…claro que no – contestó su interlocutor de manera categórica aunque sin dejar de lado su buen humor – no, para cuando empezaron los reclutamientos yo estaba con los Pioneros en Arizand, tratando de ganarme la vida con una compañía de guardaespaldas.

-¿Fue un Pionero? – preguntó el pelirrojo, el de casaca negra asintió. Este hombre está lleno de sorpresas pensó - ¿Por cuánto tiempo lo fue? – preguntó por fin.

-Por lo menos unos…cinco…no, seis…fueron seis años como Pionero – respondió el casaca negra mientras hacía cálculos con los dedos - ¿y tú? ¿Cuánto tiempo estuviste en el ejército antes de colgar las botas?

-Aún no he colgado las botas – respondió el pelirrojo sonriendo – y si mal no recuerdo fueron unos…siete años de servicio – solo hizo una leve pausa para hacer un cálculo mental.

El hombre de casaca negra no dijo nada, tan solo se limitó a sonreír mientras dedicaba un leve asentimiento, le estaba cayendo bien el muchacho que tenía al lado. Pasaron frente a la puerta de su oficina y siguieron de largo hasta un pasillo que conducía a una puerta que estaba

al fondo y que en ese momento se encontraba cerrada.

-Noté tus Dispositivos ¿te los colocaron al entrar al ejército? – inquirió de manera sorpresiva.

El pelirrojo se sorprendió por la repentina pregunta del tipo de casaca negra, en ese momento recordó los Dispositivos de Control Intradérmicos. Todos aquellos que presentan las características claras de ser un Alterado son sometidos a una serie de pruebas para comprobar si tienen alguna clase de Control de Materia, si lo tienen, se les hace una operación que tiene como fin mantener su Control de Materia bajo control y que no sea un peligro, implantándoles los Dispositivos de Control Intradérmicos.

Esas cosas no eran visibles a plena vista ante un ojo incauto, ya que los cables y demás elementos de los dispositivos se confundían con el sistema cardiovascular y hacía falta ser muy atento para darse cuenta de que aquello no eran venas. Pero él tenía mangas largas, así que el de la casaca negra no pudo haberlos visto, pero de seguro los sintió cuando le estrechó el antebrazo, ya que al tantear o presionar un poco la piel se podían sentir unas venas duras como teflón.

-No – respondió por fin el pelirrojo tras una pequeña pausa – me hicieron la operación unos meses antes de que me enlistara.

-¿Dolió? Me refiero a la operación – preguntó el de casaca negra mirando de soslayo al pelirrojo.

-No, no sentí dolor en toda la operación, de hecho no recuerdo gran cosa porque estuve anestesiado todo el tiempo.

El de la casaca negra se limitó a levantarse la mano e inclinarla hacia el dorso, como si tratara de verse las venas a pesar de que las mangas de la casaca le impedían hacerlo. ¡Menudo suertudo! pensó en silencio, en la época en la que le colocaron los Dispositivos no existía tal cosa como la anestesia, con suerte existían los analgésicos para soportar el dolor, tan solo recordar la operación le hacía estremecerse y le hacía recordar el terrible dolor que sintió en la operación, a pesar de que prácticamente lo doparon con el analgésico más potente que tenían a la mano.

-¿Está bien? – preguntó el pelirrojo al ver que su acompañante se había quedado en silencio.

-¿Qué…? Eh…si – respondió un poco confundido por la manera abrupta en que lo sacaron de sus pensamientos – solo estaba pensando en algo, perdona.

El tipo de la casaca negra volvió dejar caer su brazo y continuó hablando.

-Y siguiendo con lo de los Dispositivos ¿qué clase de Materia dominas?

-Materia Aqua – respondió el pelirrojo.

-¿Y qué clase de Estado? – preguntó el de casaca negra.

-Vapor – respondió el pelirrojo tras una breve pausa.

El de la casaca negra soltó un silbido.

-¡Nada mal! – exclamó.

-Y tu ¿qué clase de Materia dominas? – preguntó el pelirrojo.

-¿Yo? Materia Pyro – respondió el de la casaca negra mientras abría la puerta que tenía enfrente, ya habían cruzado el pasillo mientras hablaban.

El pelirrojo no dijo nada al respecto, sabía que la Materia Pyro, el control del calor y la combustión, era demasiado difícil de controlar para clasificarla con algún estado, él solo sabía de tres personas que dominaban aquella Materia sin dañarse a sí mismos, y solo conocía a dos de esas personas, y uno de ellos fue después de que ya se había desfigurado el cuerpo con sus miles de quemaduras, la última vez que lo vio estaba en el Asilo Griefwood dando vueltas en círculos en su celda mientras decía incoherencias.

Pero el hombre de la casaca negra, el líder de FireLight, era alguien que dominaba aquella peligrosa Materia sin que se le volcara en su contra, y había dejado patente el gran poder que ejercía en la combustión hace unos años, cuando incendió entero el Distrito de la Plaza Marcial hace dos años. Los daños en el distrito fueron tan graves que aún había lugares que se encontraban en reconstrucción, y muchos otros que estaban a punto de ser demolidos, ya que el fuego había dañado gravemente los cimientos. Éste hombre era alguien peligroso.

Cruzaron el umbral de la puerta y pasaron a una pasarela, desde la que se divisaba una sala espaciosa que se encontraba debajo, allí se encontraban esperando tres personas, un hombre de piel color carbón sentado en una silla que sujetaba un rosario entre las manos juntadas como si estuviera rezando y que solo alzó la vista cuando ellos dos entraron, junto al hombre negro se encontraba una mujer de cabello rubio de pie mirando al techo mientras jugueteaba con un mechón de su pelo, mas lejos de ellos dos estaba otra mujer, esta vez de cabello castaño que estaba sentada en una mesa que estaba a pocos metros de donde el hombre negro estaba sentado, sus ojos estaban enfocados en las páginas de un libro y ni ella ni

la rubia parecieron percatarse de la presencia de los que acababan de entrar.

El hombre de la casaca negra se dio cuenta de eso, por lo que se acercó al borde de la pasarela y se apoyó en él para verlas mejor.

-¿Es que ninguna de las damas nos va a recibir hoy a mi o a mi amigo? –preguntó alzando la voz lo suficiente para que lo escuchasen.

-Conociéndote a ti y a la clase de amigos que te traes…mejor no – dijo la rubia antes de bajar la vista y dirigirla hacia arriba donde estaba el líder, éste vio como le sonreía y le guiñaba un ojo.

La de pelo castaño no dijo nada, tan solo alzó la vista por encima del libro, luego dobló la esquina de una página y lo depositó sobre la mesa antes de dirigirles la mirada a los dos hombres que estaban sobre la pasarela. El hombre de la casaca negra le sonrió y le hizo una seña a su acompañante para que le siguiera.

Había una escalera a solo unos centímetros de donde estaba la puerta de entrada, el pelirrojo iba bajando los peldaños mientras seguía al líder que iba delante. Una vez que llegaron abajo, el líder le hizo una seña al pelirrojo para que se sentara, mientras él se colocaba frente al resto de los que ahí se encontraban reunidos, luego se dio la vuelta y le miró a los ojos. El hombre negro del rosario se levantó y se colocó a mano derecha del líder, mientras que la de pelo castaño se posicionó al lado izquierdo, la rubia fue la única que se quedó en su sitio, quedando a tan solo un metro del hombre pelirrojo, ella le miró con cierto coqueteo, incluso le guiñó un ojo, antes de volver la vista hacia el líder.

Él, el pelirrojo, se fijó mejor en las personas que le rodeaban. La rubia tenía un rostro realmente atractivo, bien perfilado, ojos de un color verde profundo, y tenía unos carnosos labios pintados de rojo con labial, tan solo por eso parecía más la modelo de cualquier pintor de mérito antes que alguien que pudiese entrar en un campo de batalla. Su atavío consistía en un chaleco de cuero negro sobre una camisa blanca de cuadros rojos, unos pantalones también de cuero negro y unas botas con tacón que la hacían ver más alta de lo que en realidad era. Todo el conjunto, desde el cuello hasta las piernas, estaba muy ceñido y ajustado sobre su piel, lo que le resaltaba las curvas de su cuerpo.

Él desvió la vista de ella, ya que la rubia lo estaba poniendo nervioso, en su lugar se concentró en los que estaban frente a él. El hombre de piel color carbón que estaba junto al líder parecía una suerte de sacerdote, no solo por el rosario que ahora sujetaba en su mano derecha, sino también por el porte que tenía al estar parado, que era el que se notaba a alguien que tenía que hablarle a una multitud, por ejemplo en una misa. Pero fue su atavío el que le confirmó su relación con la Iglesia, el cual consistía de

un abrigo de piel sobre una camisa negra, la cual exhibía, sobre el cuello, un alzacuello blanco, por lo que éste hombre aún no había abandonado aún sus votos. No tenía nada de cabello sobre su cabeza, sus ojos eran de un color negro que cambiaba a carmesí a medida que se acercaban a los bordes de la iris.

La mujer que estaba junto al líder, la de cabello castaño, tenía una expresión seria, aunque también inquisitiva, como si todo lo que observara con sus ojos, que eran de un inusual color violeta, lo estuviera también analizando en tiempo real, que de hecho podría estar haciéndolo sin lugar a dudas. Su conjunto constaba de un abrigo negro que llevaba encima de una camisa también negra y con una bufanda protegiéndole el cuello, a pesar de que adentro más bien estaba cálido y hacía falta algo de ventilación.

Finalmente el líder alzó la voz y empezó a hablarles a todos los que estaban allí reunidos haciendo gestos con la mano ilustrando lo que decía con sus movimientos.

-Corazones Ardientes – empezó a decir – les presento aquí a un nuevo recluta para nuestro equipo. Y tú, mi amigo de pelo flamígero – le dijo dirigiéndose a el pelirrojo – te presento a los mejores soldados de FireLight, ellos son los Corazones Ardientes, tus nuevos camaradas.

-Solo exagera, como siempre – afirmó la rubia interrumpiendo el discurso del líder – lo único que nos hace diferir del resto de los regulares es el hecho de que nosotros somos Alterados.

Ella lo había dicho de una manera jocosa y no había dejado de mantener una sonrisa pícara mientras hablaba, ni tampoco lo había hecho después. El líder volteó la mirada hacia ella, esbozó una media sonrisa y su rostro adquirió la misma expresión que si hubiera oído a un amigo suyo haciendo un chiste malo.

-Tenemos que hablar luego – le dijo mientras le amenazaba con el dedo, pero sin cambiar la expresión en su rostro.

Luego volvió la vista hacia el pelirrojo, cambiando su expresión a una más seria, lo que hacía que, por primera vez durante todo el tiempo en que el pelirrojo lo conocía, por fin parecía el líder que tan conocido era entre la población de Laureon.

-Hablando en serio – comenzó a decir – es cierto lo que ella dice, todos los Corazones Ardientes, incluyéndome, somos Alterados. Pero a diferencia del Gran Ejército de la Capitanía, nosotros no ocupamos nuestras Materias Sometidas para seguir manteniendo guerras que más daño que beneficios le ha traído a la población, ni para proteger a los corruptos que arruinan miles de vidas solo para que se puedan

enriquecer, ni para someter ni causar masacres contra los mismos indignados que ellos crearon. No, nosotros vemos y usamos nuestras capacidades como dones destinados a recobrar la justicia que hace tiempo fue arrebatada en Laureon, y ese es, amigo mío, el fin último del equipo FireLight.

El pelirrojo se quedó impávido mientras el líder exponía sus razones, se le notaba la convicción en la voz y se veía que hablaba de manera sincera, que hablaba en serio, no era un discurso altisonante diseñado para captar las masas y hacer que estas te hicieran caso. No, eran palabras claras, dichas en el tono correcto y de la manera correcta, sabía lo que quería decir, cómo decirlo y en qué tono debía decirlo. Pero nada de eso impidió que el pelirrojo comentara lo siguiente.

-He oído a muchos diciendo palabras muy similares a las que acabas de decir.

Lo dijo en un tono grave y hasta un poco amargo, también estaba siendo sincero, estaba reflejando lo que pensaba no solo él, sino muchas de las personas que habitaban Laureon, por no decir la mayoría.

-Si ¿y quiénes son? – Preguntó el líder en tono sarcástico - ¿acaso la loca de Corinne Maddox? ¿Acaso los lunáticos de La Orden Carmesí? ¿O los desequilibrados de los Vultures? – en ese momento se detuvo y cambió a un tono un poco más calmado – no me malinterpretes, amigo, discúlpame, no es que me guste hablar mal de los otros grupos, no soy esa clase de persona. Es solo que a esos en particular no los soporto.

El pelirrojo sabía que decía la verdad, después de todo, nadie podía ocultar los balbuceos de Corinne Maddox, ni las profecías apocalípticas que profesaba la Orden Carmesí, ni los inútiles y erráticos saqueos de los Vultures a los barrios marginales, ese hombre tenía ¨los pelos del toro en las manos para decir que era azul¨ como solía decir su padre para decir que alguien decía la verdad con pruebas.

-Pero ten presente que nosotros hablamos en serio y estamos dispuestos a actuar, con precisión e inteligencia – continuó diciendo el líder con el mismo tono que había usado antes del comentario del pelirrojo – tenemos los medios y conocemos perfectamente a nuestros enemigos, muchos de ellos fueron sus herramientas antes de volverse parte del equipo, gran parte de los soldados que has visto hasta ahora, y los dos que se encuentran junto a mí, han sido en el pasado soldados del Ejército Marcial de Laureon.

¨Por lo que solo te diré esto una vez, nosotros estamos aquí para acabar con este orden disfuncional que gobierna en Laureon por demasiado tiempo, ellos saben que nosotros somos capaces de acabarlos, tanto por

fuera cómo por dentro, y por eso es que tratan de acabar con nosotros.¨

-¿Estás seguro? – preguntó el pelirrojo incrédulo.

-El bar Phoenix era nuestro cuartel mucho antes de que fuese cerrado ¿eso no te dice nada? – dijo el líder en respuesta.

El pelirrojo lo pensó por un momento, pero al final se le aclaró por fin la verdadera razón por la que el bar había sido cerrado. Por lo que le contestó con un asentimiento, dando a entender que había entendido su punto y estaba de acuerdo.

-Pues, viendo que atendiste nuestra charla, te lo preguntaré una sola vez – dijo el líder al tiempo que alzaba un dedo hacia el pelirrojo – ten presente de que si tu respuesta es negativa, entonces eres libre de irte, uno de nosotros te conducirá hasta la superficie, hasta el Distrito White Glass, con la condición de que no volverás a pasar por aquí y no mencionarás este lugar a nadie, ni siquiera si es tu hermano o tu amigo más fiel. Dicho esto ¿estás de acuerdo con los ideales de FireLight? ¿Estás dispuesto a luchar por la gente de Laureon? ¿Estás dispuesto a dar tu brazo y gastar tu aliento en luchar por que el pueblo de Laureon tenga justicia? ¿Lucharás por nosotros?

-Si – respondió con más convicción que nunca, estaba más que dispuesto a luchar junto a FireLight.

En ese momento el semblante del líder se alegró con esa sonrisa casi infantil que el pelirrojo había visto hace tan solo unos minutos, se acercó a donde él estaba hasta quedar justo delante.

-¡Pues bienvenido al equipo, hombre! – Le dijo mientras le daba una palmada en el hombro como si lo conociera toda la vida, luego retiró la mano y se dio la vuelta mientras seguía hablando – dentro de poco vamos a dar un gran golpe al Ejército Marcial de Laureon, así que mejor que estés preparado.

De pronto chasqueó los dedos y se dio la vuelta rápidamente, viendo de nuevo al pelirrojo a los ojos.

-Por cierto, ya sé que quizás te preguntes cual es mi nombre – dijo mientras se daba la vuelta – pero ten presente que aún no podemos decirte nuestros nombres reales. No lo veas mal, es solo que primero debemos confirmar que eres de confianza.

-Entiendo – dijo el pelirrojo asintiendo con la cabeza.

-Sin embargo, como no quiero pasarme los próximos días llamándote ¨El Pelirrojo¨, y como es costumbre cuando hay un nuevo entre el equipo,

nos vamos a referir bajo un Nombre Clave, te ayudará también a familiarizarte con las misiones de alto riesgo ¿te parece?

-Por mí, bien – respondió el pelirrojo.

-De acuerdo, recuerda estos nombres por los próximos días. Yo soy Robin – dijo señalándose con las manos.

Luego señaló a con la mano a la de pelo castaño.

-Ella será Marion – ella hizo un leve asentimiento.

Luego el líder señaló hacia la rubia.

-Esa de allá se llamará Scarlet – la rubia solo se alzó de hombros, indiferente a las indicaciones de Robin, pero solo lo hizo para dejar a entender que había escuchado.

Por último señaló al sacerdote negro.

-Y este de acá será…Tuck – éste último apenas se inmutó, solo volteó los ojos hacia el líder que se hacía llamar Robin antes de volver a enfocarlos en el pelirrojo anónimo.

-Atento a estos nombres – siguió diciendo luego de que distribuyó los nombres a los Corazones Ardientes - ya que con ellos es que nos comunicaremos cuando estemos en plena misión, así que ni se te ocurra olvidarlos.

-Je…como si quisiera hacerlo – dijo el pelirrojo con una sonrisa, el buen humor del tal Robin era contagioso, de pronto enarcó las cejas al recordar que al líder se le estaba olvidando algo – pero ¿Qué nombre se supone que yo debo adoptar?

El tal Robin se quedó callado un segundo, luego se tomó la barbilla, claramente pensando en algo, mientras se acercaba caminando al pelirrojo. Una vez que estuvo enfrente lo miró de pies a cabeza, era un hombre muy alto y parecía más musculoso que los demás reunidos, por fin dijo:

-Bueno, como veo que eres el tipo grande, te llamaremos…Little John.

El pelirrojo enarcó una ceja con expresión de extrañeza.

-¿Little John? Suena a un mal chiste, y mi nombre real ni siquiera es John – dijo con una voz que reflejaba tanta extrañeza como la reflejaba su

cara.

-Ni mi nombre es Robin – respondió sagazmente el líder – pero si se te ocurre un nombre mejor, puedes decírmelo.

El pelirrojo se quedó un par de segundos en silencio hasta que por fin contestó:

-Little John está bien.

Capítulo 5

Capítulo 5: Pluma de Cuervo

El Salón de los Concilios, la sala de reunión del Cuartel General de Laureon, era una sala espaciosa cuyas paredes estaban pintadas de rojo y adornada con piezas de oro incrustadas en los bordes de la pared, y el techo tenía una forma cóncava que, si se mira desde abajo, parecía una esfera u orbe dorado con líneas onduladas que surgían de los bordes e iban a terminar en el centro, en un anillo negro que guarecía un círculo hecho de un vidrio color rubí. Desde fuera se podía ver que ese techo en realidad era una de las muchas cúpulas que adornan el Distrito Central, al cuartel de hecho lo llaman comúnmente la Cúpula Dorada, al igual que el Palacio de Justicia es la Cúpula Escarlata, y el Ayuntamiento la Cúpula de Marfil.

En el centro de la sala había una mesa rectangular con sus respectivas sillas distribuidas a lo largo de ella, quedando la silla del tope junto a la ventana. Las paredes del salón tenían muchas ventanas, estaban distribuidas en un orden que casi era de trescientos sesenta grados, lo que le daba a los generales que allí se reunían una muy buena atalaya para observar y estudiar los movimientos del Distrito, sin embargo ahora estaban las ventanas tapadas por unas cortinas negras, ya que la reunión era secreta y no querían que se viera su conferencia.

Los que allí se encontraban eran solo seis hombres, pero esos eran algunos de los personajes más importantes entre las fuerzas militares y de seguridad de la Capitanía Regente: estaba el anfitrión de la reunión, el Capitán Superior Clifford Dorgan, el cual estaba de pie junto a la mesa del tope; estaban el General de Avanzada Jacen Brooks y el General Coordinador de Operaciones Louis Wibur, sentados uno frente al otro junto a la silla del tope; junto a estos se encontraban, el temido Lucas Targridal, Gran Maestre de la Orden de la Ira, sentado junto al General Brooks, y el Director en Jefe de Operaciones Encubiertas, Señor Comandante Don Volker, junto al General Wibur; junto al Director Volker, se encontraba a su lado izquierdo el Comisario Jefe de Carabineros Laureon, Lemon Cane, quién además venía en representación del Comisario Jefe de la Policía de Laureon, el cual no había podido venir; mientras que, junto al Maestre Targridal, se encontraban sentados, uno al lado de otro, Joseph Jezwan, Mayor Comandante de la Milicia de Laureon, y Ricard Haggard, dueño de Berserker Private Enforcement & Security, la principal Compañía Militar Privada dentro de la jurisdicción de la Capitanía Regente.

-¿Cuándo llegará el Señor Crow? – preguntó impaciente el General Wibur, rompiendo el silencio que hasta el momento se mantenía en la sala hasta el momento. Era un hombre larguirucho y de rostro aguileño, con el lado

izquierdo de su rostro lleno de cicatrices debido a la explosión de una granada, un recuerdo de sus años en el Cuerpo de Zapadores, iba envestido con su uniforme azul, exhibiendo las charreteras en sus hombros y sus muchas medallas en el pecho.

-Llegará, querido Wibur, solo debes tener un poco mas de paciencia – le respondió tranquila y conciliadoramente el Capitán Superior Dorgan. Un hombre de alta estatura y de modales exquisitos, ya estaba en sus cincuentas y tenía el rostro afeitado además del pelo arreglado. Potaba su uniforme marrón ornamentado y cuidado como siempre, y su pecho estaba repleto de miles de medallas.

-Llevas diciendo eso desde que lo empezamos a esperar, y de eso hace por lo menos unas tres horas – refutó Volker dando una palmada sobre la mesa. Su semblante era sombrío y por lo general solía dar miedo a quien lo viera, su rostro, de finos rasgos y que debiera ser bello, se veía contrastado por su piel pálida como el vientre de un pescado y sus ojeras de no haber pegado ojo en semanas, lo cual junto al tono de su voz, profundo, grave, intenso y vibrante; lo hacían mucho más escalofriante de lo que decía su ya aterradora reputación; había venido con el uniforme negro característico de la Unidad de Operaciones Especiales, con sus respectivas medallas y charreteras.

El Capitán Superior, lejos de sentirse inquieto por las palabras de Volker, le esbozó una media sonrisa antes de dirigir su vista hacia el Maestre Targridal. Un hombre sombrío cuya barba cana y su cabello, tan cano uno como el otro, caían y llegaban hasta tocarle los hombros; lucía su uniforme de la Orden de la Ira, que consistía en una casaca de color naranja intenso, con sus medallas en el pecho y sus charreteras en los hombros, la cual iba encima de una camisa negra que aún mostraba el alzacuellos blanco, el símbolo que lo ligaba a la Iglesia.

-Querido Maestre ¿sería tan amable de recordarnos cuando dijo que vendría el señor Crow? – preguntó el Capitán Superior.

El Maestre, que hasta el momento se mostraba indiferente a lo que ocurría a su alrededor, alzó sus ojos color violeta hacia el Capitán Superior, los alzó de nuevo hacia el techo, como si estuviera haciendo memoria, y luego los bajó de vuelta hacia su interrogante.

-Dijo que a las ocho y media – respondió de manera indiferente el Maestre.

Después volvió a sus cavilaciones, sin prestar atención a lo que ocurría después.

-Llevamos ya dos horas esperando – prorrumpió irritado el Señor Haggard, un hombre de estatura media pero de contextura fornida,

vestido con la vieja casaca marrón que usaba en sus años de mercenario, era el único en el grupo que no vestía con ropas marciales, por lo que su aspecto desentonaba con el de los demás reunidos.

-Aunque no hemos revisado nuestros relojes en todo ese tiempo – comentó Jezwan, el Mayor Comandante de la Milicia, envestido en su uniforme blanco que solo exhibía un par de medallas en el pecho y las charreteras en el hombro. Él observaba a todo a su alrededor con su sempiterna mirada triste.

Al escuchar al Mayor Comandante, el Capitán Superior metió una mano en uno de los bolsillos de su casaca, sacando de él un reloj de cadena el cual puso delante suyo, le quitó la tapa, estudió la posición de las manecillas del reloj y luego volvió a cerrar la tapa antes de volver a guardarlo en el bolsillo de la casaca.

-¡Esto es ridículo! ¿Por qué demonios debemos estar esperando? Este asunto ya debería estar zanjado ya – dijo el General Brooks claramente irritado, era un sujeto gordo pero fuerte, además de ser un estratega astuto, por lo que el sastre del Ejército no tuvo reparos en hacerle un uniforme con dos tallas extras de largo. Aunque el diseño igual dejaba exhibir el vientre blanco de la camisa, que se suponía, debía ser cubierta por su casaca; y era tan obvio a la vista como las charreteras en sus hombros y las medallas en su pecho.

-Yo digo que dejemos de estar esperando y… ¡Alto! ¿Qué diablos se supone que está haciendo? – empezó a decir el General Wibur sin concluir, interrumpido por su propia exclamación.

Y es que el Capitán Superior se había separado de la mesa y se había aproximado a la ventana que tenía detrás suyo mientras el General Wibur hablaba, una vez que estuvo ante la ventana, descorrió las cortinas y dejando ver las dobles ventanas desde donde se veía las calles y edificios del Distrito Central, mas allá era visible la Cúpula Escarlata, el Palacio de Justicia de Laureon, a tan solo unos metros se encontraba la iglesia de St. Louis, la cual tenía erigida, a forma de adorno para la fachada, una enorme cruz hecha de mármol que se alzaba por encima de la Cúpula Dorada. Luego de que descorrió las cortinas, el Capitán Superior abrió la doble ventana de par en par, lo que motivó la exclamación cortante del General Wibur.

Él no le prestó atención al arranque del General, en su lugar se apartó de la ventana y dirigió su mirada hacia los reunidos.

-No se preocupen, señores – empezó a decir mientras sacaba una pipa y una tabaquera del bolsillo de su casaca y empezaba a llenarla de tabaco –

nuestro amigo está por llegar.

Luego se puso la boquilla de la pipa en la boca y sacó un encendedor del bolsillo interno de su casaca, con el cual encendió la pipa, apagó el encendedor, lo guardó de nuevo en su bolsillo, se sacó la pipa de la boca y expulsó de su boca una nube de humo, lo que lo hizo parecer por un par de segundos a una especie de chimenea de locomotora.

El General Brooks estuvo a punto de decir algo cuando se dio cuenta, al igual que el resto de los reunidos, que algo se estaba acercando a la ventana desde el lado de afuera. Avanzaba, o mejor dicho, planeaba hacia ella a gran velocidad, desde la distancia se veía solo como un enorme pájaro negro. Pero cuando estuvo más cerca, notaron entonces las piernas que se balanceaban hacia atrás y los brazos sujetando un par de Planeadores con formas de alas de cuervo.

En tan solo unos segundos pasó a través de la ventana abierta y aterrizó en el suelo justo frente a los reunidos. Además de los planeadores que parecían alas de cuervo, el hombre estaba vestido con un traje de terciopelo negro, con unas botas de militar negras, y con una máscara que le cubría el rostro por completo, era también negra tenía un par de puntas que se extendían por encima de las orejas y llegaban hasta la parte posterior de la cabeza; además de una protuberancia en forma alargada en el centro, en la zona de la nariz, que asemejaba a un pico punzante, como el de un cuervo, los ojos estaban cubiertos por una especie de pantalla oscura de vidrio que parecían unos enormes ojos negros que abarcaban toda la cuenca. Los presentes no pudieron evitar sobresaltarse por la presencia de tal visitante.

-¡Señor Crow! ¡Puntual como siempre! – exclamó el Capitán Superior, mientras el visitante plegaba los planeadores (plegaba las alas) y se quitaba de encima el soporte en el que los llevaba, tan fácil como quitarse una capa de la espalda.

-Espero que no hayan empezado sin mi – dijo el visitante mientras colgaba los planeadores en una percha, a plena vista parecía una especie de capa extraña.

-No, claro que no – le contestó el Capitán Superior – de hecho, ahora que por fin ha llegado, podemos ya empezar con la reunión.

El visitante con la máscara de cuervo, al que llamaban Crow, tomó asiento en la mesa del centro, justo frente al Señor Haggard, el cual no pudo impedir sentirse intimidado por la persona que tenía enfrente. El Capitán Superior tomó asiento en el tope de la mesa y dio comienzo a la reunión.

Capítulo 6

Capítulo 6: Sobre Rieles

-Bien, señores, esta es la situación ahora – dijo el Capitán Superior Dorgan para dar inicio a la reunión – como sabrán, nuestras operaciones para suplir las necesidades de nuestros soldados en el frente, todo ha sido a una serie de…incidentes violentos.

Volker dio un gruñido y los demás reunidos estuvieron cerca de hacer lo mismo, el Capitán Superior estaba de nuevo tratando los hechos recientes con eufemismos, ya que los ¨incidentes violentos¨ no habían sido otros sino los Saqueos de Balfour, los Asesinatos del Barrio Corndale y (¡cómo olvidarlo!) el Incendio de Lawfield. Esperaban que, después de tanta agitación, pudieran por fin continuar con sus operaciones de una buena vez, sin tener que estar pasando más problemas.

-Quitando la cantidad de problemas que hemos pasado hasta ahora, podemos decir que los acontecimientos recientes y nuestras movidas militares han permitido acabar con las diferentes amenazas que nos interrumpían nuestro trabajo y, gracias a ello, podemos decir que nos hemos ganado un respiro.

¨Pero, señores, estamos muy lejos de poder tomarnos un respiro, ahora es que tenemos mucho por hacer y muy poco tiempo para hacerlo, ya que nuestro señor, el Capitán Regente Vordoinen, se está impacientando al igual que El Gran General de Ofensivas Tomkins, por lo que no podemos perder más tiempo, y es con intención de no retrasar más las cosas que los he convocado esta reunión, ya que a partir de aquí, nuestras operaciones dan ya inicio¨

Diciendo esto presionó un botón que tenía debajo de la mesa, desde el piso empezó a surgir un panel blanco protegido por un marco metálico negro, el cual se alzó hasta alcanzar una altura de cuatro metros al lado de la silla del tope, el Capitán Superior sacó una vara extensible de su casaca y la empezó a alargar.

-Señor Cane ¿Podría por favor apagar las luces?

La sala estaba iluminada por una serie de lámparas que colgaban sobre el centro de la sala, formando un círculo en el techo que se encontraba en los bordes de la cúpula. El Comisario Cane, un hombre alto y joven, pero que cojeaba de una pierna por culpa de una herida causada por un balazo, aún así no era lo bastante grave para que tuviera que usar bastón, y mucho menos para que no pudiera levantarse de la mesa y pudiera llegar caminando hasta el interruptor de la luz, que quedaba a solo un metro de

donde había tomado asiento.

Se acercó al interruptor y lo desplazó de on a off, las luces se apagaron, dejando la habitación completamente a oscuras. El Capitán Superior deslizó su mano por detrás del panel y tiró de un interruptor, el panel emitió una luz azul intensa hacia la mesa, los reunidos pudieron ver cómo el panel dejaba vislumbrar, escrito en unas líneas de color azul oscuro, el plano de la ciudad de Laureon, los planos usados por el Ejército eran trazados con tinta invisible y el marco de metal despedía una luz que la revelaba, pero esos marcos estaban diseñados para estropearse al cruzar el cerco magnético que rodeaba el Cuartel, así se aseguraban de que solo ellos pudieran ver el contenido de los planos.

El Capitán Superior apuntó la vara hacia el plano y empezó a explicar mientras les ilustraba con ayuda de la vara, dirigiendo la mirada de los presentes hacia donde él quería.

-Pues bien señores. Ésta, como recordaran, es la Estación West Flackwood – dijo señalando con la vara hasta un punto al costado del plano – la cual es nuestro principal punto de carga para equipo militar de avanzada, por lo que es uno de los puntos estratégicos más importantes que tenemos actualmente.

Casi todos los presentes asintieron a lo que había dicho el Capitán Superior, a excepción del Maestre Targridal y del Señor Crow, los cuales se mantuvieron estáticos, pero sin perder el hilo de las exposiciones del Capitán Superior.

-Pues es necesario que sepan que, dentro de tan solo dos días, un importante cargamento de armas saldrá de esta estación hasta el frente de batalla, armamento de primera desarrollado en el Laboratorio de Investigación Militar Dies Irae, y el cual puede darnos total ventaja a nuestros soldados. Por ello es necesario asegurarnos de que este tren llegue a su destino sin incidentes y a salvo, y es precisamente eso lo que vamos a dialogar esta noche…

-¡Esto es estúpido! – Exclamó de forma sorpresiva el Señor Haggard, con un deje de indignación en su voz – Se ha doblado la vigilancia de los Carabineros en las calles, hemos acabado con mucha de la resistencia en la ciudad y, no podemos olvidarnos, hace por lo menos unos dos meses acabamos con el equipo FireLight, liquidando a su líder en el proceso ¿por qué demonios preocuparnos ahora por un tren?

Los demás presentes voltearon hacia Ricard Haggard y lo miraron frunciendo el seño, se veía que había dicho una completa estupidez. Él miró a los demás alzando los hombros, sin entender que había dicho mal.

-Veo que no es usted consciente de la situación actual – dijo el Señor Crow juntando las manos y apoyándose sobre los codos, el Señor Haggard dirigió su mirada hacia los ojos negros de la máscara que le observaba – Primero quiero resaltar algo importante de lo que no debe olvidarse: no hemos acabado con todos los miembros de FireLight, y no hay nada que nos confirme que su líder esté realmente muerto, por lo que no hay ninguna garantía de que hayamos acabado con FireLight para siempre, ni siquiera sabemos si va a aparecer un día de éstos, aunque, afortunadamente, no se ha dado el caso en los últimos meses.

Los semblantes de los presentes, incluyendo el del Señor Haggard, se tornaron nerviosos. Sin embargo todos asintieron, a excepción de éste último, ya que sabían que lo que decía el Señor Crow era cierto, no había nada que les garantizara que el equipo FireLight volviese a aparecer de improviso, ni nada que les asegurara el deceso de su líder, por lo que en ese sentido no podían ellos aún bajar la guardia.

-Lo segundo que quisiera resaltar es que, si bien han acabado ustedes con gran parte de la resistencia, aún hay en las calles de Laureon grupos violentos tan peligrosos como FireLight, o incluso más ¿O acaso no recuerdan a los Vultures, los responsables de los Saqueos de Balfour? ¿Tengo que recordarles el nombre de los Tetrakillers, la pandilla que se adueñó del Barrio Dollfield? ¿Y qué decir de la Orden Carmesí? ¿Acaso nos vamos a olvidar de esa clase de gente?

Los demás reunidos negaron con la cabeza de manera indecisa.

-Y el tercer y último punto que quiero resaltar es que, aunque no tuviéramos enemigos dentro o fuera de Laureon ¿quién ha dicho que un equipo militar no necesita escolta ni vigilancia en las calles? ¿Ése acaso no es su negocio, Señor Haggard? ¿La seguridad privada? Si, lo es, y si nadie necesitase protección, usted y su gente se quedaría sin trabajo. Así que no venga aquí a decirnos que, por hacer volar unas cuadras de ciudad, ya estamos seguros y no necesitamos estar atentos a nada – concluyó de manera severa y mirando fijamente hacia Ricard Haggard.

Éste se estremeció en su silla, miró hacia los demás y luego se apoyó sobre los codos mirando hacia el Capitán Superior, haciéndole una señal con la cabeza para que continuara.

-¿Ven ahora porqué es que convoqué al Señor Crow a esta reunión? – Comentó el Capitán Superior antes de continuar con su exposición de los hechos – Pues bien, continuando, el tren saldrá de la susodicha estación West Flackwood para dirigirse al frente en Sharaliir. Es importante que todos los cuerpos militares involucrados en la seguridad de Laureon estén atentos a esta operación y, con ello, estén dispuestos a brindar apoyo en ese sentido. Los únicos que no han sido convocados son el Almirante Mayor Kenneth Duncan y el Coronel de Aviadores John Teckel, y es

porque lo que estamos tratando no les incumbe en lo absoluto.

Casi todos los presentes empezaron reír por lo que había dicho el Capitán Superior, salvo el Maestre Targridal, el Comisario Cane y el Señor Crow.

-Ahora bien, hemos sugerido distribuir las fuerzas que tenemos en Laureon a lo largo de la ruta, para así asegurarnos de que el tren salga intacto y sin inconvenientes de la ciudad, por lo que así es que vamos a organizar la seguridad del tren. El Cuerpo de Carabineros estará distribuido por todo los alrededores de la estación y la Policía doblará la vigilancia por todo el distrito, ellos comunicaran cualquier anormalidad a sus respectivos comisarios y, posteriormente, ustedes deben comunicarlas al Cuartel General.

-Pondré al Comisario Rowell al corriente – dijo asintiendo el Comisario Cane.

-Los hombres de la Orden de la Ira se desplegaran por el Distrito Hans Deikel, mientras que los efectivos de la Milicia se repartirán por el Distrito Balfour, ambos tienen autorización de investigar cualquier hecho sospechoso y de eliminar a cualquier elemento crean perjudicial para la operación, por supuesto, deberán de mantenerme al tanto de sus movimientos.

-Así lo haremos – dijo asintiendo el Maestre Targridal, éste volteó hacia el Mayor Comandante Jezwan el cual también asintió.

-Bien. Mientras tanto, me encantaría que los chicos de Berserker pudieran dar una patrulla completa a lo largo del lado este del Distrito de la Fundición, mas les pediré que procuren hacer una locura sobre o cerca del Distrito de la Catedral, los sacerdotes de allí están un poco mas…susceptibles, por decirlo con palabras bonitas.

-Descuide – dijo el Señor Haggard ahora más tranquilo mientras levantaba una mano en gesto conciliador – le ordenaré a mis chicos que ni siquiera toquen el Muro Blanco.

-Me parece excesivo, pero con eso me conformo – dijo el Capitán Superior asintiendo – a usted le corresponde la vigilancia de la orilla norte del río Dodson y, mientras tanto, la ribera sureste quedará en manos del Comandante Volker. Dime Don ¿Qué tal están tus chicos? Me refiero a la Demon Patrol.

-Está lista y ansiosa de entrar en acción – respondió el Director de Operaciones Especiales esbozando una sonrisa lupina y siniestra.

-¡Perfecto! – Exclamó chocando las palmas el Capitán Superior – ustedes se aseguraran de quedarse cerca de las vías y vigilaran el perímetro

señalado. No…olviden…informar – recalcó al Comandante, ya había tenido un par de problemas con los miembros de la Demon Patrol a la hora de comunicarse con ellos, el Comandante asintió y el Capitán Superior continuó – pues bien, el General Wibur se encargará de coordinar las operaciones en el campo, usted se encargará de hacerme llegar los informes de vigilancia.

-Cuente conmigo – dijo el General asintiendo.

-Cuando el tren llegue al límite de la ciudad, será esperado en un puesto de control por los hombres del General Brooks, quienes se encargarán de vigilarlos de aquí en adelante ¿Alguna pregunta?

-Yo tengo una – intervino el Mayor Comandante Jezwan - ¿Qué tiene que ver el Señor Crow en este asunto?

El Capitán Superior dirigió su mirada hacia el Señor Crow, el cual lo observaba a través de los lentes oscuros de su máscara de cuervo. No les había avisado de que vendría hasta un poco después de que todos se habían reunido, les dijo que vendría y que sería a las ocho y media, pero nunca les explicó para que quisiera venir. Era normal que tanto misterio estuviera impacientando a los presentes en la reunión.

-Pues bien – empezó a decir el Capitán Superior – éste hombre fue convocado en secreto por mí personalmente, ya que no quería que este asunto trascendiera las paredes de este salón (y espero que así continúe), en cuanto al porqué de su presencia, se debe a que necesitaba resaltar un punto importante. Repartí las tareas de los presentes y todos los campos han sido cubiertos excepto uno, el más importante de todo ¿Quién se encargará de cuidar el tren?

¨Y es por eso, caballeros, que he convocado aquí al Señor Crow, él y su grupo, la ShadowForce, se encargarán de vigilar la carga y de custodiar el tren, también tienen la autorización de llevar a cabo cualquier acción, siempre y cuando cumplan con su misión de mantener la carga a salvo y asegurarse de acabar con cualquier intentona de saboteo que provenga del interior, además de repeler cualquier ataque que provenga del exterior.¨

-¡Esto es estúpido! – exclamó indignado el General Brooks – si es por mantener la carga a salvo, pudo haberme dejado a mí el trabajo.

-Eso es lo que quiero que la gente piense – comentó el Capitán Superior ante la sorpresa del General de Avanzada. El Capitán se levantó, se acercó y le murmuró algo al oído, el General abrió los ojos sorprendido y luego miró hacia el Capitán Superior, el cual se había incorporando y se estaba

acercando al plano.

-Por lo pronto es necesario que todo lo que hagamos se ciña al plan – empezó a decir – tengan presentes que si me tomo tantas precauciones, no es por otra razón sino porque es necesario que este cargamento llegue al frente, nuestros soldados en Shararíir necesitan toda la ventaja que les podamos proporcionar. Así que ¿alguno acá tiene algo más que objetar? ¿Hay algún aspecto del plan que no les parezca?

Los hombres en la mesa dirigieron sus miradas hacia el Señor Crow, el cual los observaba impávido, todos querían decir algo al respecto de él, pero decidieron no hacerlo, si el Capitán Superior seguía confiando en él, debía de ser por una buena razón. Todos voltearon hacia el Capitán Superior y negaron.

-Pues bien, con todos los puntos ya aclarados, doy por terminada la reunión.

El Capitán Superior apagó el plano se dirigió hacia donde estaba el interruptor de las lámparas. Las encendió y en ese momento escuchó el sonido de la ventana que se abría, se giró para ver y vio que la ventana estaba abierta de par en par, se volteó hacia donde estaba sentado el Señor Crow. Pero ya no estaba ahí.

Se había levantado de su silla y se había dirigido rápidamente a la ventana, descorrió la cortina, abrió la ventana y saltó del alfeizar, planeando hasta el techo de un edificio cercano, se sujetó a la cornisa y luego se aupó, luego de incorporarse empezó a caminar por el techo.

Dirigió su mirada hacia la luna, aún se podía ver en esa parte de Laureon, ya que esa parte del Distrito Central estaba lejos de las factorías de los distritos industriales, estaba llena, la luna, e iluminaba con un brillo plateado todos los alrededores.

De repente el Tesla-Radio empezó a chirriar en sus oídos, aunque ya había escuchado ese sonido mil veces antes, siempre le estremecía oírlo, ya que el captador de señal estaba junto a su oído. Confirmado, la próxima vez lo instalo en un lugar más cómodo pensó en silencio mientras presionaba el contestador.

-¿Henry? – contestó el Señor Crow a la señal.

-Hola señor – contestó una voz melosamente educada – supuse que ya había concluido su reunión.

-Ha concluido, si – respondió Crow – estaré en la mansión en más o menos una hora – concluyó sacando un reloj de cadena y revisando la

hora, luego lo volvió a meter en donde estaba, en su bolsillo.

-Bien, señor – respondió Henry desde el Tesla-Radio – solo lo llamé para que supiera que el nuevo soldado llegó hace un par de minutos, están todos reunidos y esperando por usted. Espero que usted no falte a la ceremonia.

-¡Tscht!…claro que no voy a faltar, que sigan esperando – concluyó el Señor Crow antes de cortar la comunicación. Henry, al otro lado, hizo lo mismo.

Capítulo 7

Capítulo 7: La Ceremonia

Henry había trabajado durante veinte años de su vida para la familia Florizend como mayordomo, les había sido fiel y diligente durante mucho tiempo y se había granjeado la entera confianza de sus amos, anteriormente había ejercido varias profesiones: enfermero de campaña en el Ejército en Hundrien, director de comunicaciones en el telégrafo de Celion, sastre y, ahora, mayordomo personal. Sin embargo, al servir a los Florizend, nunca se había visto en necesidad de usar ni la mitad de sus habilidades en cumplir sus deseos, de hecho apenas lo necesitaban para vigilar la limpieza de la casa, para recibir las visitas o, algunas veces, para administrar las finanzas de la mansión.

Y todo eso pudo haber continuado igual de no haber sido por un solo problema: Zane Florizend, el último hijo vivo de la familia. Desde que regresó del ejército y se enteró lo de que ocurrió con sus padres en la Revuelta del Distrito Saphire, no volvió a ser el mismo chico que él conocía, pasó un par de meses sin ser capaz de recuperarse del suceso, paseándose de bar en bar, sin querer salir y juntarse con la gente de la nobleza de Laureon, ni asistir a sus banquetes y reuniones. Simplemente no podía aceptar su pérdida, y ya Henry creía que el chico ya iba en bajada, y que un día esa clase de vida lo iba a acabar matando.

Pero una noche el joven Florizend llegó a la mansión, abriendo las puertas con estrépito y llamando a Henry como un loco, éste se apareció ante su amo, el cual tenía la cara llena de moretones y venía con un semblante ansioso, lo que delataba que estaba en un fuerte estado de agitación.

-¡Joven amo! – Exclamó Henry al verle en ese estado - ¿Se encuentra bien? No tiene buena cara.

-No te preocupes por eso, Henry – le dijo el joven apartando las manos de Henry que le estaban sujetando los hombros – necesito que hagas algo por mí ¿sabes quién es Phineas Deckard?

-¿Phineas Deckard? – Preguntó de vuelta Henry confundido – si, es uno de los mejores inventores tecnólogos de Laureon ¿por qué pregunta?

-Necesito que venga aquí, ahora – dijo el forma de forma insistente, recalcando la última palabra.

-Joven amo, creo que necesita que alguien lo revise ahora… - empezó a decir Henry hasta que fue cortado por una exclamación de su amo.

-¡Nadie me va a revisar hasta que alguien envíe aquí al Señor Deckard!

Henry se quedó silente de la sorpresa, sabía que el chico hablaba en serio y que nada de lo que dijese lo iba a hacer cambiar de opinión. Por lo que se fue a la Oficina Privada de Telégrafo que tenían en el ala este de la mansión, seguido por el joven Zane, y le dijeron al técnico que le enviasen un telegrama a la oficina del Señor Phineas Deckard, solo una vez que el técnico envió el telegrama fue que el chico accedió a que revisaran sus heridas, que solo eran unos cuantos moretones y unas pequeñas laceraciones en el labio. Unas horas más tarde, el inventor tecnólogo llegó a la mansión.

Y desde ese día las cosas cambiaron, tanto para el joven Zane como para Henry, un día el chico estaba despilfarrando el dinero en bares de mala muerte y al otro estaba reclutando gente para una suerte de ejército personal.

Ésos eran el grupo más letal y eficiente que haya trabajado junto a los cuerpos armados de Laureon, llegaban incluso a competir con los Equipos de Operaciones Especiales, eran soldados profesionales que eran reclutados entre los grupos de retirados, y tenían acceso a equipo de vanguardia de primera, gracias a los contactos y a la fortuna de la familia Florizend, se hacían llamar la ShadowForce. Pero si bien los regulares eran increíblemente buenos en su trabajo, no eran nada comparado con el grupo interno de más alto rango, el Círculo Vórtice, todos ellos, además de sus muchas habilidades como soldados de élite, todos los miembros del Círculo son todos Alterados, por lo que eran capaces de controlar las temidas Materias Sometidas, dentro del Círculo también estaba el joven Zane Florizend, quien era su líder indiscutible.

Henry todavía se preguntaba por qué alguien como Zane se iría a meter en una tarea tan difícil y peligrosa como en la que estaban metidos los miembros de la fuerza, las misiones que se le asignaban a la ShadowForce eran de muy alto riesgo y por lo general eran cosas de las que las fuerzas militares y de seguridad de Laureon no querían tener nada que ver. Pero siempre que le preguntaba o trataba de razonar con él para que parara, éste siempre le cortaba y le daba la misma respuesta: ¨lo que estoy haciendo es necesario¨.

De pronto se oyó cómo las puertas del vestíbulo de la mansión se abrían y luego se cerraban. El joven amo había regresado.

Henry salió de su oficina, que estaba en el ala oeste de la mansión, y caminó por el pasillo iluminado por lámparas de cristal que pendían del techo, finalmente cruzó hacia la derecha y se encontró en el balcón de la recepción, a los lados del balcón estaban descendían dos escaleras que, visto desde el techo, creaban la ilusión de un círculo casi perfecto. Estas escaleras descendían hasta el vestíbulo principal, ubicado en el primer

piso. Henry se acercó al borde del balcón, desde allí vio al joven amo, desprendiéndose de sus planeadores y sujetándolos sobre su brazo como si fuese una capa, llevaba aún puesta la máscara de cuervo que lo reconocía como miembro del Círculo Vórtice, en ese momento él miró hacia arriba, hacia el balcón, desde allí le estaba observando Henry, con la misma expresión diligente que siempre recordaba de ese anciano.

Henry aún se mantenía erguido a pesar de la edad, a sus sesenta y cinco años se mantenía aún con buena salud, a pesar de que su pelo estaba ya gris por los años y sus ojos reflejaban cierta tristeza, aún no parecía exactamente un viejo.

Henry empezó a descender por una de las escaleras laterales, mientras el joven Zane le esperaba al pie de éstas.

-¿Tuvo un buen paseo, señor? – preguntó casualmente el mayordomo mientras descendía los últimos escalones.

-Sí, uno estupendo – respondió Zane también de manera casual mientras seguía con la mirada a Henry - ¿siguen reunidos?

-Sí, señor. No se han movido de ahí dentro – respondió mientras descendía el último escalón y se posicionaba junto a Zane.

Debajo del balcón, en medio del círculo casi perfecto formado por las escaleras, estaba erigida una fuente hecha con mármol blanco, era toda construida según un gusto clásico y representaba a una bella diosa recostada en la orilla de una bañera mientras unas ninfas la atendían gustosas, una peinando sus cabellos, otra abanicándole con una enorme palma, otras dos ofreciéndole unos cuencos con ofrendas florales y una última descargando agua de un cántaro y llenando constantemente la bañera, detrás de la fuente había un mosaico en forma de arco y que tenía la misma altura que una puerta.

Henry se aproximó al borde de la fuente, sobre éste había unos grabados con símbolos, él presionó sobre uno de ellos, que representaba una espada, éste se hundió y sonó como un enorme mecanismo empezaba a ponerse en funcionamiento debajo de la fuente. El cántaro dejó de descargar agua y la fuente se vació de agua antes de que la pared que rodeaba el mosaico empezara a hundirse, rozando ruidosamente los bordes de la pared, tras un rato la pared dejó de hundirse y se desplazó hacia un costado, dejando ver un pasadizo que estaba detrás de la fuente. Zane le tendió el planeador a Henry y empezó a caminar hacia el pasadizo, bordeando a las ninfas que estaban concentradas en el centro.

-Si viene alguien a buscarme… - empezó a decir Zane antes de que Henry

lo interrumpiese.

-Le diré que usted no está – completó Henry – ya me conozco mis líneas de memoria.

-Y espero que así siga ocurriendo – le dijo mientras cruzaba el pasadizo tras la fuente.

Zane presionó un botón que estaba en una pared lateral, al poco de haberlo hecho, la puerta del pasadizo volvió a cerrarse y el cántaro volvió a soltar agua sobre la fuente. Todo estaba como antes de que se abriese el pasadizo.

Él, una vez que estuvo dentro del pasadizo, caminó a través de él hasta que llegó a unas escaleras, por las cuáles empezó a descender hasta llegar a una sala espaciosa de forma circular. Era el Altar del Vórtice.

Las paredes del Altar eran de un color negro bordeadas con unos grabados plateados casi al llegar al techo o al suelo, las cuales, si te fijabas bien, tenían formas de alas, el suelo estaba cubierto con un felpudo de color carmesí, en el centro del altar estaba una gran mesa redonda que tenía grabada encima el símbolo del Vórtice, una serie de líneas curvas que empezaba en los bordes y todas terminaban juntándose en el centro.

En la mesa, sentados en el lado opuesto por el que Zane entraba, se encontraban cuatro personas reunidas, tres iban con máscaras, todas de color negro, una con forma de búho, otra que representaba una especie de murciélago y otra que tenía una forma felina, los tres estaban sentados uno por el lado izquierdo y dos por el derecho de la mesa, correspondientemente con el orden de mención, los tres vestían con gabardinas negras con botones plateados y todos llevaban unos gemelos con el símbolo del Círculo Vórtice; en medio de esos dos estaba una mujer que no llevaba máscara, parecía ser bastante joven, llevaba su cabello trigueño sujetado por detrás por una cola, tenía los ojos grises y tenía una mirada que trataba de ocultar con su resolución sus nervios.

Ella vio como el hombre con máscara de cuervo se acercó al otro extremo de la mesa, la miraba fijamente con los lentes negros que tenía por ojos, se detuvo una vez que ya estuvo en el otro extremo, él se encontraba a solo unos pocos metros de donde ella estaba sentada. Ella, como prácticamente todos los que sabían algo de él, tanto dentro como fuera de Laureon, solo lo conocía como Señor Crow.

-¿Cuántos años tienes? – le preguntó el Señor Crow con una voz que sonó inusualmente casual.

Ella le miró confundida y tardó un poco en responder, pero lo hizo antes de que el Señor Crow repitiese la pregunta.

-Tengo veintiocho – mintió, ya que en realidad ella tenía tres años menos, y el Señor Crow sabía que así era.

Él le hizo una indicación con la cabeza a los que se encontraban sentados ante la mesa para que se levantaran, una vez éstos se pusieron en pie, él miró a los ojos a la mujer que estaba justo frente suyo.

-Tengo entendido que buscas unirte a la ShadowForce – le dijo con una voz más firme que la que había usado hace rato, lo que le a ella una mayor sensación de estar ante el líder.

-Sí, así es – contestó ella categóricamente – quiero unirme a su causa, quiero luchar junto a ustedes y quiero servir a Laureon mejor de lo que he hecho hasta ahora.

Él hizo un leve asentimiento, aunque ella no podía ver lo que él pensaba de ella a causa de la máscara que le tapaba el rostro.

-¿Es cierto que eres una Alterada? – preguntó él.

-Si – respondió ella.

-¿Qué Materia?

-Gea.

-¿Controlas algún estado?

-Sí, acero.

Él la escrutó de pies a cabeza.

-¿Cómo te llamas? – preguntó luego de observarla.

-Anne Erfhenthal – respondió ella.

-Escúchame bien, Anne – le empezó a decir el Señor Crow levantando un dedo y llamándola directamente por su nombre de pila – es necesario que sepas que no somos unos títeres de cuerda manejados por el Ejército, ni nuestro objetivo es ser el remplazo de La Milicia, La Policía o El Cuerpo de Carabineros de Laureon, no tenemos intención de hacerle daño a la población de la ciudad ni traerles más dolor del que ya han sentido con las recientes guerras. Nuestra intención es hacer que cese todo el sufrimiento que ha traído la anarquía y la rebelión desatada en estos últimos tiempos, nuestro único interés es la justicia, es restablecer el orden que se ha

perdido. Trabajamos junto al Ejército Marcial de Laureon, y también con los cuerpos armados de la ciudad, pero eso no quiere decir que seamos indulgentes si alguno de sus hombres, sin importar su rango, falla a su deber de servir y proteger a la población de Laureon, no soportaremos que alguien haga daño a gente que ya ha sufrido más de lo que puede soportar ¿entiendes todo eso?

-Sí, lo entiendo perfectamente – respondió ella asintiendo, estaba deseando con ansias unirse a la ShadowForce.

Él se llevó una mano a la nuca, accionó un mecanismo que allí se encontraba, lo que hizo que la máscara se le aflojara del rostro, la sujetó por el mentón y se la sacó, revelándole su rostro a Anne.

Era un hombre de unos treinta años, con el rostro afeitado y limpio, con el semi-largo y negro, con los ojos de un color azul profundo en los bordes del iris que se degradaba a celeste a medida que se acercaba al centro. Ella lo primero que pensó era que él era un tipo atractivo, pero apartó la idea rápido, después de todo, él era líder. Él la miró a los ojos y le dedicó una pequeña sonrisa, luego miró hacia los que se encontraban al lado de ella.

-Bien, señores – les dijo – quítense las máscaras.

Ellos le empezaron a hacer caso, y empezaron a sacarse las máscaras de los rostros.

-Bienvenida a la ShadowForce – le dijo a ella al tiempo de que los reunidos dejaban ver sus verdaderos rostros.

El de la máscara de búho resultó ser un hombre alto de pelo y bigote gris, con una mirada seria en sus ojos blancos y una musculatura oculta debajo de sus ropas negras; el tipo de la máscara de murciélago era un sujeto de rostro afilado, con el cabello rubio y la mirada tan penetrante como un par de puñales, saliendo de sus ojos de color azul brillante, era bastante bajo y delgado comparado con el resto reunido, pero tenía una expresión de viva malicia que se tornaba un poco aterradora; una mujer de treinta y tantos resultó ser la que llevaba la máscara felina, tenía un porte altivo y miraba a los que la rodeaban con la frente alzada, tenía los ojos de un color morado degradado a rojo en los bordes de las iris, llevaba su negro cabello peinado hacia el lado izquierdo, un peinado que resultaba inútil en el campo, ya que se deshacía con el movimiento y nadie se iba a fijar en él ¡cómo si a ella le importase!

-Te los presento de una vez – le dijo él mientras señalaba con la mano a los que estaban junto a ella – el de la máscara de búho es Tanner Deliand,

mejor conocido como Owl.

Owl le ofreció la mano a Anne, la cual aceptó ella con cortesía.

-Ése tipo, que iba como murciélago – siguió presentando el líder – él se llama Étiene Refraud, aunque, entre amigos, le decimos Etti.

-Pero durante la misión, todos me llaman Bat – intervino Étiene mientras le hacía un saludo con la cabeza a Anne.

-Y ella de allá – continúo Crow – la conocen como Panther, pero su nombre real es…

-Margaret Jozephine Galiand de Vortzen-Hauer – cortó la referida mientras miraba fijamente a Anne, que estaba justo a su lado.

-Margaret… ¿qué? – preguntó Anne confundida, ya que el nombre era, además de largo, complicado de recordar.

-Solo dile Margaret – le explicó Tanner Deliand mientras veía la cara de indignación de la susodicha – si acaso Margaret Galiand, aunque igual no se permite decir tu nombre real durante la misión.

En ese momento Crow chasqueó los dedos, captando la atención de los presentes, en ese momento recordó un dato importante.

-Ahora que lo mencionas, Owl – empezó a decir – hay algo importante que debes recordar. Panther ¿podrías darle la máscara a Anne?

Margaret, sin decir nada, sacó del bolsillo interno de la gabardina una máscara y se la tendió a Anne. Ésta la miró con atención, era muy similar, en cuanto a su forma, a la máscara de Crow, sólo que tenía ángulos más sutiles y que el pico del centro era muy poco pronunciado, ella seguía observando el extraño objeto mientras Crow volvía a tomar la palabra.

-Debes saber que sólo nosotros conocemos nuestros verdaderos rostros y nuestras verdaderas identidades, y es necesario que así se mantenga. Tú, Anne, por lo poco que sé, has sido una Miliciana muy fiel y leal, en ese sentido espero que demuestres tu fidelidad y lealtad para con nosotros. Por lo que no revelarás nuestras identidades y nuestras actividades hechas o por hacer a nadie, ni siquiera si es un familiar o tu amigo más fiel y apreciado.

-El saber nuestros nombres y el mostrar nuestros rostros es una prueba a la confianza, con ello se demuestra que contamos con nosotros – completó a decir Tanner.

-Y es ahora que formas parte del Círculo Vórtice – dijo Crow mientras Anne levantaba la vista y contemplaba el semblante serio de su nuevo superior – mientras no estemos cumpliendo nuestra misión, tú serás Anne Erfhenthal, mientras estemos en mitad de nuestra misión, solo se te conocerá como Nightingale.

Ella volvió a ver la máscara que tenía en las manos, una máscara de ruiseñor, ella volvió a alzar la vista y dijo con convicción.

-Será todo un honor, señor…

-Zane Florizend – se presentó él por fin – conocido en Laureon como Crow, aunque eso ya lo sabías.

Ella asintió sonriendo y miró por última vez la máscara, aquello parecía casi un sueño.

-Bien, señores – exclamó llamando la atención de los presentes, incluyendo a Anne que levantó la vista – concluidas las ceremonias, es hora de hablar de lo que nos toca, el Ejército Marcial de Laureon, en representación de la Capitanía Regente, nos ha encomendado una misión de suma importancia, así que deben ahora de descansar, ya que mañana nos corresponde hacer reconocimiento de campo, para así planear mejor nuestras defensas…

-¡Espere! – cortó exclamando Étiene confundido - ¿¨misión de suma importancia¨? ¿A qué clase de misión se refiere?

Zane volteó hacia Étiene y le dedicó una sonrisa cómplice.

-La escolta de un tren – le respondió.

Capítulo 8

Capítulo 8: Cerca de las Vías

Little John despertó sobresaltado cuando alguien le empezó a agitar desde los hombros, cuando despertó se dio cuenta de que no era otro sino el tal Tuck.

-Robin quiere verlos a todos en la sala de reunión – le dijo con su voz gravemente profunda que Little John escuchaba por vez primera.

Él se incorporó en la cama mientras se restregaba los ojos con los dedos, luego dio un vistazo en derredor. El ocupaba, junto con el resto de los regulares, las habitaciones que antes eran usadas como habitaciones temporales para que los clientes reposaran la juerga, pero apenas se usaban por los clientes, y en realidad era usada para residir a los regulares de FireLight.

Algo había que admitir, la cama en la que Little John había dormido resultó ser bastante cómoda y mantuvieron todo limpio, había más orden en estas habitaciones que en las barracas del Ejército Marcial de Irenion, le dolía admitirlo, pero los hechos que él veía le convencían de aquella idea, y no le era posible negarlo.

Se levantó de la cama y empezó a seguir a Tuck por el pasillo que conducían a las escaleras que daban a la primera planta, cada tanto Tuck, que era el que iba en cabeza de entre los dos, volteaba para ver a Little John, era como si tratara de ver algo en él, salvo que no lo veía y su compañero aún no sabía qué era lo que tanto le interesaba.

-Por cierto, Tuck – rompió Little John el silencio - eres sacerdote ¿cierto?

Tuck le miró de reojo sobre el hombro y luego bajó los ojos antes de contestar tras un breve silencio.

-Se puede decir que si – dijo mientras volvía a centrar sus ojos en Little John, luego volvió a mirar al frente, las escaleras tan solo estaban a tan solo unos metros.

-No se ofenda por esto, pero nunca he visto a un sacerdote empuñando un arma – le dijo de la manera más educada que pudo.

-Me había unido al Ejército Marcial de Laureon como Capellán, y así continué hasta que descubrieron que era un Alterado.

En tan solo unas pocas palabras había resumido su historia a la perfección, por lo que Little John no pudo sino sentir compresión por el

sacerdote. Todo aquel que se confirmara que fuese Alterado tenía que servir entre los Soldados de Élite del Cuerpo de Avanzada si o si, no existía un no o un pero que valiese, era un ¨deber sagrado y obligatorio¨. Lo que hizo que la vida de capellán de Tuck fuese tan efímera.

-¿Cómo fue que te uniste a FireLight? – le preguntó luego de hacer un breve silencio.

-El líder, el que llamamos Robin, me salvó la vida una vez y me ofreció unirme, pensé que esa era la mejor manera de huir de mi pasado… - dijo lo último en un tono más grave que ocultaba cierta amargura – además – agregó para continuar la conversación – pensé que esa podía ser el mejor medio para retribuirle lo que hizo por mí.

-La Iglesia no aprueba las acciones de FireLight ¿sabías? – preguntó Little John aplicando todo el tacto que pudo en su tono.

-¡Qué les den! – Exclamó el sacerdote antes de callarse unos segundos, mientras se santiguaba – yo no hago caso de esas cosas, después de todo, no hay ningún mandamiento que te impida luchar por lo que es correcto, y la causa de FireLight es correcta.

Little John no podía hacer otra cosa que aceptar el punto de vista de su acompañante, así que no aventuró nada más y continuó su camino hacia la sala de reuniones.

Robin y el resto de los Corazones Ardientes estaban esperando, dentro de poco podrían dar inicio a la reunión. La sala de reuniones ocupaba lo que antes era la barra y las mesas del bar Phoenix, en realidad no había cambiado mucho su función, ya que allí se reunían las personas de importancia de FireLight para planear sus golpes *¿Creyeron en serio los tipos del ejército que cerrando el Phoenix iban detenernos? ¡Se ve que no saben quiénes somos!* Pensó Scarlet en silencio mientras se reclinaba en la silla reclinable sobre la que estaba sentada, ella se encontraba a unos metros de la mesa donde Marion había tomado asiento, de nuevo centrando la atención en las páginas de su libro, Robin se encontraba de pie junto a la mesa traqueteando la punta de los dedos contra la madera de una forma muy rítmica, a veces esa resulta una buena manera de esperar.

La sala estaba iluminada por varias lamparillas de aceite clavadas en las paredes, tapizadas con un empapelado dorado con motivos florales de color carmesí, y colgadas del techo de madera. Las mesas estaban a tan solo unos pocos metros de donde se encontraba la barra, y estaban dispuestas de una manera que formaba una especie de círculo, esa disposición les ayudaba a los camareros a servir a todos los clientes de

manera ordenada.

Tras un rato hicieron aparición Little John y Tuck, los cuáles se pararon frente a Robin en el centro de la sala de reunión improvisada.

-¿Dormiste bien, Little John? – preguntó Robin sonriendo.

-No hubo mucho ruido, si es lo que preguntas – respondió Little John.

-No preguntaba eso…pero me conformo con tu respuesta – dijo de manera jocosa, antes de chocar las palmas sobre su cabeza, haciendo que Scarlet y Marion se levantasen y se acercaran al centro, Marion volvió a doblar la esquina de una página antes de dejarlo sobre la mesa y acercarse. Robin miró en derredor y, al ver que todos estaban reunidos, dio inicio a la reunión.

-Bien, muchachos, ésta es la situación: Hace poco he revisado un soplo de parte de Allan avisándonos de los recientes planes de Ejército Marcial de Laureon, y debemos de estar listos para actuar pronto.

-Espera ¿Quién es Allan? – preguntó Little John ignorante.

-Es el nombre código de nuestro informante en las calles – le contestó Marion, su voz era tan suave como el sonido de una flauta – él tiene contactos dentro de la Milicia y el Cuerpo de Carabineros, los cuales, en secreto, están con nosotros en la causa.

-Y este sujeto, Allan ¿fue acaso Miliciano o Carabinero?

-La mayoría de nosotros no sabe gran cosa sobre él – le respondió Scarlet mientras se alzaba de hombros – y por lo visto prefiere estar así.

-Es mejor que se mantenga así – corrigió Robin – si los cuerpos armados de Laureon se enteran de su presencia, nuestro trabajo se haría demasiado complicado como para continuarlo.

-Ya veo – repuso Little John - ¿Y qué fue lo que dijo exactamente?

-¿Por qué no le preguntas tú mismo? – dijo el líder al tiempo en que sacaba de un bolsillo interno de su casaca un Tesla-Radio. ¿Tienen un Tesla-Radio? ¿De dónde sacan el equipo estos tipos? Pensó Little John en silencio al ver el aparato en la mano de Robin.

-¿Hola, Allan? ¿Estás ahí? – preguntó Robin a través del aparato.

-¡Mmmmh! ¡Si estoy aquí! ¿Tienes idea de qué horas son? – contestó una voz un poco malhumorada a través del Tesla-Radio, al parecer lo pilló

durmiendo.

-Allan, en este trabajo no hay descanso – le contestó el líder - ¿Qué mas has podido averiguar sobre la operación de la que me hablaste?

-Bien de acuerdo – dijo la otra voz arrastrando la voz, al parecer se estaba estirando, luego siguió hablando de manera normal – cómo recordarás, un tren va a salir de la Estación Flackwood hasta los muelles de Raleigh, con un importante cargamento que será llevado en barco hasta el frente en Sharaliir, el tren va a estar muy fuertemente vigilado por prácticamente todos los cuerpos armados de Laureon.

-¿De qué clase de cargamento estamos hablando? – Preguntó Robin - ¿Has averiguado a qué viene tanta protección?

-El cargamento es – continuó Allan – si mis fuentes son de confianza (y me puedo jugar un brazo a que si), es un nuevo armamento destinado a suplir a los soldados de la Capitanía en Sharaliir, por lo visto es armamento de vanguardia hecho en uno de sus principales laboratorios militares.

-No me sorprendería que fuese White Tiger o Dies Irae – comentó el líder asintiendo - ¿algo más que nos sea de utilidad?

-He averiguado un poco sobre la disposición de las tropas: La Policía y los Carabineros se encargarán de vigilar la estación treinta y seis horas antes de que el tren salga de la estación, por lo que se distribuirán a lo largo del Distrito Flackwood; mientras tanto el Distrito Hans Deikel será vigilado por la Orden de la Ira, mientras que la vigilancia del Distrito Balfour le corresponde a la Milicia; una compañía de seguridad privada (lo más probable es que sea Berserker) ha sido contratada para vigilar la orilla este del río Dodson, en el Distrito de la Fundición, mientras que en la orilla oeste han apostado a un contingente de la Demon Patrol, vigilante y atenta a la llegada del tren, y listos para actuar en caso de un incidente. Eso es todo lo que puedo decirte hasta ahora.

-Gracias por la ayuda, Allan – agradeció Robin antes de cortar la comunicación.

Una vez que todo quedó aclarado, el líder fue hasta detrás de la barra y sacó de uno de los estantes una especie de pergamino, se acercó a la mesa del centro y allí lo desdobló, dejando ver que era un plano de la parte este de Laureon, que era la que les concernía.

-Bien, prestando atención a lo que nos dijo Allan, vamos entonces a revisar todo – dijo al tiempo en que ponía un dedo sobre un punto del

plano, la ubicación de la Estación West Flackwood.

-Los Carabineros y la Policía estarán distribuidos por la estación y por todo el Distrito – continuó – luego el tren tendrá que pasar por el Distrito Hans Deikel y Balfour antes de continuar por el Distrito de la Fundición, lo que conllevaría una posible intervención de Los Caballeros Furiosos, la Milicia, unos cuantos mercenarios y, si lo que dicen es cierto, la Demon Patrol.

¨Colarnos en el tren no va a ser difícil, por lo general los Carabineros no están muy acostumbrados al combate en campo abierto como quisieran sus superiores, y la Policía es un poco…negligente, por ponerle un calificativo suave. Por lo que no será difícil colar unos cuantos soldados y dos de los Corazones Ardientes dentro del tren durante el cambio de guardia. Una vez que el tren arranque no será nada difícil hacerse con el control desde adentro, después vendré por ésta vía alterna en un tren que los chicos…digamos que ¨tomarán prestado¨, vendré con el resto de los muchachos para brindar poder de fuego¨.

-Espera ¿Vía alterna? – Irrumpió sorprendido Little John - ¿quieres decir que vas a saltar de un tren a otro con el resto de los muchachos?

-¿Preocupado por eso, Little John? – Preguntó Robin mientras alzaba la vista hacia el pelirrojo, luego agregó para tranquilizarle – descuida, no es la primera vez que he abordado un tren, aunque ha pasado mucho tiempo desde mis años en Arizand.

¿Qué clase de trabajo tuvo este tipo en Arizand? se preguntó mentalmente Little John, sabía de boca de su líder que había sido guardaespaldas, pero ¿qué clase de guardaespaldas?

-Cómo sea – continuó Robin – los chicos ya están entrenados para esta clase de acciones, por lo que están más que listos para entrar en el tren y brindar el poder de fuego que necesitaremos para resguardar el tren.

-¿Y después qué? ¿Caernos a disparos con la Demon Patrol? – preguntó Scarlet de forma sarcástica.

Robin negó rotundamente con la cabeza.

-No pienso enfrentarme a ninguno de los Demon Patrol – dijo Robin gravemente - podríamos con la Milicia, Los Caballeros Furiosos o los mercenarios por separado e incluso juntos, pero nunca saldríamos bien parados contra la Demon Patrol, mucho menos si éstos vienen acompañados por los ya mencionados.

Nadie en el equipo dudaba de lo que acababa de decir, enfrentarse en la Demon Patrol era casi como ponerse una soga en el cuello y colgarse de un árbol. No por nada eran el cuerpo de élite dentro de los Equipos de

Operaciones Especiales, seleccionaban especialmente a ex soldados Alterados del ejército que hubiesen destacado en su servicio (por lo general los reclutaban en las prisiones militares de más alta seguridad dentro de la Capitanía Regente) y les daban carta blanca para llevar a cabo cualquier acción que les resultara conveniente durante sus misiones. Es razonable que incluso el hombre más buscado y peligroso dentro de Laureon le ponga nervioso la presencia de aquellos soldados, si se les puede llamar de esa forma.

-No – continuó diciendo - lo mejor es evitar a toda costa una confrontación contra ellos, y para eso hay que desviar el rumbo del tren antes de que llegue al Distrito de la Fundición¨.

-¿Y cómo esperas que hagamos eso? – preguntó Tuck.

-La respuesta es sencilla, mira acá – dijo señalando un punto en el que dos líneas convergían – acá hay una intersección bastante conveniente, por acá se continúa por el Distrito de la Fundición, pero por acá – dijo señalando la otra línea – la vía se desvía hacia el sur, hasta el Distrito Carabiner, todo es cuestión de que alguien llegue hasta acá y cambie las direcciones, sencillo.

-Salvo si ponen algún contingente armado para defenderlo – repuso Tuck - recuerda que la intersección está entre los Distritos Balfour, Hans Deikel y el de La Fundición.

-Pues por eso pienso dejarte a cargo de hacer eso, alguien tiene que ocuparse, y tu eres más que indicado. Si no lo deseas, puedo entenderlo y dejar que otro lo haga.

-No, Robin – le contestó Tuck – es mejor que yo me encargue, cuenta conmigo.

-¡Bien! – Exclamó mientras bajaba la vista de nuevo a los planos – es necesario que ese tren se desvíe, una vez que eso pase el resto será pan comido, eso si no ocurre algún inconveniente grave que nos interrumpa, los chicos estarán apostados en la Estación North Carabiner esperando al tren, allí retiraremos la carga y la pondremos a buen resguardo ¿están de acuerdo con el plan?

Casi todos asintieron, salvo Little John que tardó un poco más en hacerlo, tenía algunas reservas ya que el plan sonaba bastante peligroso y arriesgado, hubiera preferido ir sobre seguro con respecto al plan, pero algo debía admitir, era un buen plan y era la única manera de tomar ese tren de manera rápida, sin dar tiempo a los cuerpos armados de reaccionar, así que al final tuvo que aceptar el plan.

-Pues bien – dijo el líder al tiempo en que se incorporaba – sólo unas cuantas palabras. La Capitanía Regente de Nueva Morania ha destinado más recursos y esfuerzos en expandirse y acrecentar su poder sobre el mundo que en realmente atender lo que le concierne en su deber de gobernar: el atender el bienestar de la gente que habita a toda la nación. A ellos les ha importado poco los males que ellos mismos han causado como consecuencia de sus campañas bélicas y su tolerancia a las atrocidades cometidas por sus cuerpos armados.

¨Este ataque no solo conllevaría hacernos con equipo de combate de primera que nos resulta necesario, sino también de dar un fuerte golpe a donde más le duele al Capitán Regente, en su soberbia, le vamos a dejar en claro que no va a preparar ninguna guerra mientras nosotros no se lo permitamos ¿están conmigo?¨

Hablaba con la misma convicción con la que hizo jurar fidelidad a Little John, era alguien que en serio creía en su causa y estaba listo para actuar en consecuencia, eso hizo que todos en la sala se llenaran de entusiasmo y furor, estaban más que ansiosos por entrar en acción.

-¡De acuerdo! – exclamaron al unísono.

Robin esbozó una sonrisa y plegó el plano de nuevo en un rollo.

-Pues bien, caballeros. Mejor será que duerman bien, porque mañana les toca reconocer el terreno.

Todos asintieron y se retiraron a sus habitaciones. Robin se quedó un rato de pie, sacó su revólver de la funda y lo observó con atención, le quitó el seguro y luego volvió a ponérselo. Parece que tengo que volver a echar tiros pensó en voz baja a tiempo en que apuntaba al frente.